

Indole de las Universidades Hispanoamericanas anteriores a la Emancipación (1538 - 1827)

por GUILLERMO FURLONG S. J.

SUMARIO: 1. Salamanca y Alcalá en América. — 2. 33 Universidades para 15.000 habitantes. — 3. La Iglesia y la Universidad. — 4. Universidades públicas, privadas, generales y particulares. — 5. Libertad y democracia en verdad sinceras. — 6. Tan sólo competencia intelectual. — 7. La Universidad, obra del pueblo. — 8. Los Jesuitas y la Universidad colonial. — 9. La organización universitaria. — 10. En contacto con la sociedad. — 11. Haciendo justicia.

“España, que en un tiempo tuviera el mayor número de Universidades en Europa; que fundara en Palencia la primera en el siglo XIII; que contara con la de Salamanca, que aventajó a las de Coimbra, Bolonia, Oxford, Heidelberg, y aun a la de París, en el siglo XVI; es esta misma España la que, quince años después de la fundación de Lima, en 1551 [según unos, en 1553, según otros], erigiera esta ilustre Universidad, a solicitud de Fray Tomás de San Martín, primer Provincial de la Orden de Santo Domingo, y del capitán don Jerónimo de Abbaja, ambos procuradores del Cabildo en la ciudad de los Reyes...”

Así inició su discurso el Sr. Presidente del Perú, en el solemnísimos acto con que, a los doce días de Mayo de 1961, la actual Universidad de San Marcos celebró el IV Centenario de su existencia; y sobrada razón hubo para que en ese año la República del Perú recordara aquel centenario y sobrados motivos hay también para que tantas otras sedes máximas del saber, existentes en América, y cuyas raíces y ramas se extienden mucho más allá de

1810, recuerden con fruición, y celebren con igual o análogo orgullo su glorioso, como lejano, origen.

1. Lo que hoy nos maravilla y nos sorprende, como si fuera un hecho irreal y fantástico, es el afán y la generosidad inmensa con que se empeñó la España de los siglos XVI y XVII en trasplantar vástagos de Alcalá y de Salamanca a estas tierras, cuando ellas estaban dominadas por los indígenas, muchos de los cuales eran terribles antropófagos y la casi totalidad de los mismos eran de mente obtusa y cerrada, a causa de la vida salvaje que hasta entonces habían llevado, y que habrían de llevar, no pocos de ellos, hasta nuestros días.

A los dos o tres decenios del descubrimiento de América, cuando la conquista de tan vastísimas tierras estaba aún en sus comienzos, y las primeras villas o aldeas tomaban forma, se habría podido pensar en escuelas primarias, pero a todas luces era un desvarío pensar en colegios, y menos aun en universidades. Sin embargo, los *americanos*, ya que no los indígenas, que habían huído a las selvas ante el europeo, esto es, los nacidos en el país, de padres españoles, o de mezcla de indio y de español, o de pura sangre de inca o azteca, y a la par de ellos los españoles venidos de la Península y radicados en América, solicitaban la creación de universidades, como si fuera un artículo de primera necesidad, sin la cual la vida se les haría imposible.

2. Contando la Universidad de Arequipa, que se estrenó en la era independiente, aunque se habían dado todos los pasos conducentes a su fundación en la época hispana, llegan a 33 las universidades hispanoamericanas establecidas bajo el régimen español; y si la dominicana, de 1538, llegó a disolverse, y si la de San Fulgencio, que es de 1588, llegó a desacreditarse, todas las restantes fueron centros de abundante y eficiente sabiduría, pues plasmaron las mentes de los hombres de la era revolucionaria:

1. *Universidad de Santo Domingo*. Santo Domingo, 1538.
2. *Universidad de San Pablo*. Méjico, 1551.
3. *Universidad de San Marcos*. Lima, 1553.
4. *Universidad de Santiago de la Paz*. Santo Domingo, 1558.
5. *Universidad de Santo Domingo*. Santa Fe de Bogotá, 1580.
6. *Universidad de San Fulgencio*. Quito, 1586.
7. *Universidad de Santa Catalina*. Mérida de Yucatán, 1622.
8. *Universidad Javeriana*. Bogotá, 1622.
9. *Universidad de San Ignacio*. Córdoba, 1622.
10. *Universidad de San Gregorio*. Quito, 1622.
11. *Universidad de San Ignacio*. Cuzco, 1623.
12. *Universidad de San Javier*. Charcas, 1624.
13. *Universidad de San Miguel*. Santiago de Chile, 1625.
14. *Universidad de San Borja*. Guatemala, 1625.
15. *Universidad de San Ildefonso*. Puebla, 1625.
16. *Universidad de Ntra. Sra. del Rosario*. Bogotá, 1651.
17. *Universidad de San Carlos*. Guatemala, 1676.

18. *Universidad de San Cristóbal*. Guamanga, 1681.
19. *Universidad de Santo Domingo*. Quito, 1688.
20. *Universidad de San Pedro y San Pablo*. Méjico, 1687.
21. *Universidad Jesuítica*. Guadalajara. 1696.
22. *Universidad de San Antón*. Cuzco, 1696.
23. *Universidad de Santa Rosa*. Caracas, 1721.
24. *Universidad de San Francisco*. Celaya, Méjico, 1726.
25. *Universidad de San Jerónimo*. Habana, 1728.
26. *Universidad de la Concepción*. Concepción, Chile, 1730.
27. *Universidad de San Felipe*. Santiago de Chile, 1738.
28. *Universidad de San José*. Popayán, Colombia, 1745.
29. *Universidad de Gorjón*. Santo Domingo, 1747.
30. *Universidad de San Javier*. Panamá, 1749.
31. *Universidad de San Bartolomé*. Mérida, 1806.
32. *Universidad de San Carlos*. Nicaragua, 1812.
33. *Universidad de San Agustín*. Arequipa, 1827.

Es cosa bien sabida que toda la población de la América hispana en la era de la emancipación (1810-1825) era inferior a la que hoy cubre el suelo argentino, ya que ella no llegaba a pasar de los quince millones, entre españoles, criollos, mestizos e indios civilizados, y es un hecho asombroso, y no hay que olvidar que no tuvo lugar en el siglo XVIII, el pregonado siglo de las luces, sino en el siglo XVII, y con mayor brillo aún en el siglo XVI, cuando gobernaban la Península soberanos a quienes se tilda aún de retrógrados, reaccionarios y oscurantistas. La Universidad de Santo Domingo data de 1538, la de Méjico es de 1551, la de Lima es de 1553, la de Bogotá se fundó en 1580, la de Santiago de la Paz, en la Isla Española, abrió sus amplias puertas a la juventud en 1583.

Lejos de nosotros el querer hacer un panegírico del pasado, ni reemplazar la verdad histórica con filias o fobias, pero hay hechos de otrora que nos asombran, y apenas les podemos otorgar crédito, y uno de ellos es ciertamente ese pulular de centros universitarios en la América hispana entre 1538 y 1825, límite éste de la dominación española en el Nuevo Mundo.

Y el hecho es tanto más asombroso por cuanto la población era otrora tan rala y las vías de comunicación tan escasas y tan peligrosas, con fieras sanguinarias en las selvas y en las llanuras, y con indígenas igualmente sanguinarios parapetados detrás de los montículos o en las alturas de los montes, provistos del arco en tensión y de la flecha envenenada para exterminar a los hombres blancos, portadores de armas de fuego.

La población de toda la América hispana en 1810 era inferior a la que actualmente cubre el suelo argentino, y es un hecho asombroso el que un continente de más de 17 millones de kms.², con una población tan rala, haya deseado tener universidades, y no menos asombroso es que un pueblo que sabía muy bien lo que significaba una universidad, pues las tenía tan egre-

gias en Salamanca y en Alcalá de Henares, en Valladolid, en Barcelona y en Cervera, otorgara a aquellos núcleos urbanos, que se constituían en la lejana América, el tener réplicas o trasuntos de aquellas sus sedes máximas del saber, y lo otorgó poniendo a esos retoños en el mismo plano de franquicias, privilegios y preeminencias que sus famosísimas universidades salmantina y complutense.

Entristece, por cierto, y apena, a quien conoce la realidad de los hechos y los justiprecia sin filias y sin fobias el que, ante la eclosión de universidades que hubo en la América hispana entre 1538 y 1828, haya habido quienes, miopes más por la pasión que por la ignorancia, hayan podido escribir que “los Reyes y gobernantes españoles fueron acérrimos enemigos de todo cuanto pudiera contribuir al fomento de la educación y de la cultura de América” (Emilio Roig de Leuchesering); y que “bajo la dirección del sacerdote, el muchacho aprendía un silabario descifrando el precepto que debía constituir en adelante su divisa moral: pensar es una tentación demoníaca” (Horacio Ramos Mejía); y que “cuanto más ignorantes los criollos, mejor se los dominaba” (Manuel Ugarte); y que “es necesario no olvidar el activo interés de España en poner obstáculos a la difusión del alfabeto en todas sus colonias” (José Ingenieros).

Sería tan hilarante como justiciero el poner en la picota del ridículo a tantos que han proferido idioteces de este jaez y vilezas antihistóricas, como las que acabamos de consignar, pero el último de los mencionados es, sin duda, el hierofonte máximo del embuste y de la falsía, y en sus libros, en los que han encontrado segura guarida todos los esperpentos del engaño y de la mala fe, no hay desatino que no haya recibido la investidura de la pseudo verdad, gracias a Ingenieros. Simulador máximo de una erudición y de un saber histórico que jamás poseyó, ni pretendió poseer, ese escritor italiano tomó por la chungu el pasado nacional argentino y tuvo la diabólica habilidad de embaucar a argentinos y no argentinos. Es suya la afirmación apuntada arriba y son suyas estas otras, que consignamos para diversión de nuestros lectores: en la América hispana “el 99 % de la población permaneció en el analfabetismo más absoluto” y “toda iniciativa encaminada a la difusión de las letras y ciencias entre los americanos despertaba inquietudes y recelos en los funcionarios” españoles. Pueden verse estas aberradas lindezas, y otras muchas de igual jaez, en un libro que lleva el jactancioso título de *Evolución de las ideas argentinas*, publicado en 1918, y reeditado recientemente, para baldón de nuestra decantada cultura ¹.

¹ *Evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires s. f. 1. 44-46: “Es necesario no olvidar el activo interés de España en poner obstáculos a la difusión del alfabeto en todas sus colonias”. “En las pocas escuelas, de que se tiene noticia, consentíase un mínimo de instrucción”; “Toda iniciativa encaminada a la difusión de las letras y de las ciencias entre los americanos, despertaba inquietud y recelo en los funcionarios y eclesiásticos españoles”. Estos y demás asertos hujus furfuris, de que están plagados los escritos del italiano Ingenieros, son dislates propios de una casa de orates. Pero están expresados en forma pontifical, que es como los grandes mistificadores, y el italiano, que quiso pasar por argentino fue el más atrevido, suelen sembrar el error y la mentira.

Sólo en un *delirium tremens* de sectarismo se han podido proferir y estampar tales dislates con referencia al país que plagó la América de escuelas, ya que fundar un villorrio era para España fundar una escuela y levantar un templo, y estableció cuantos colegios era menester, y tal vez más de los que era menester, y sembró con mayor profusión que en la misma Metrópoli esas sedes máximas del saber que se denominan universidades. Si hemos escrito que fundó más colegios de los que era menester, fue porque el afán de ser profesionales y la facilidad que para ello había en toda la América alejó de la agricultura y de la ganadería a quienes tenían más aptitudes para esas faenas. Sólo los jesuitas llegaron a tener más de ciento veinte colegios en la América hispana, desde Sonora y Texas, hasta Buenos Aires y Santiago de Chile.

Si ayer, como hoy, las universidades son cumbres, y toda cumbre supone valles y laderas y contrafuertes de menor altura, la existencia de más de treinta universidades en la América colonial supone la de un número proporcionado de colegios y de escuelas². Esto dicta el buen sentido y está confirmado por la historia, por más que un escritor peruano, Roberto Mac Lean, nos sorprenda con el acertijo de que en la era colonial eran tan abundantes las universidades como escasas las escuelas, y Guerra y Sánchez nos ofrece una charada tan humorística como ésta: *Las universidades son más antiguas que las escuelas primarias en todos los países, de tal manera que, mientras aquéllas datan en Europa de la Edad Media, éstas no se han fundado con carácter oficial sino después del siglo XVIII*³. Lógica extraviada o ausencia de toda lógica la de aquel que niega haber habido escuelas porque no hubo escuelas estatales. ¿Por qué no negó que las universidades no habían existido hasta la época de Napoleón, ya que fue recién entonces que recibieron el sello estatal? Tan peregrina lógica nos llevaría muy lejos, ya que habríamos de decir, por ejemplo, que en la Argentina no hubo ferrocarriles hasta 1951, ya que hasta esa fecha no fueron estatales.

Por lo que respecta a la Universidad colonial no han faltado los hombres probos e historiadores de saber legítimo que han reconocido, y aun

² Por lo que toca a la Argentina todas las ciudades, desde fines del siglo XVI o desde principios del XVII, contaron con uno o varios colegios, y solo los jesuitas establecieron dos en Buenos Aires, uno en Córdoba, Santa Fe, Corrientes, Santiago del Estero, La Rioja, Mendoza, San Juan, San Luis y Salta, además de los que establecieron en Tarija, Asunción y Montevideo. En Méjico llegaron a tener 27 Colegios entre ellos los de Méjico, Puebla, Guadalajara, Patzcuaro, Querétaro, Oaxaca, Durango y Mérida y sabemos que los Franciscanos tuvieron colegios en Toluca, Tezunco, Tlaxala, Tullacingo, Guayangaro y Mérida de Yucatán. Para 15 millones de habitantes había en 1810 más de 200 Colegios en América; hoy para 18 millones de habitantes en la Argentina no llega a cincuenta el número de Colegios existentes.

³ Roberto Mac Lean, *Sociología Educativa del Perú*, Lima 1944, p. 76. La pintoresca lógica de este escritor peruano nos recuerda la no menos pintoresca de una escritora peruana Elvira García y García, autora de *La mujer peruana al través de los siglos*, Lima 1924, obra notable en la que recuerda a medio centenar de mujeres cultísimas, anteriores a 1810, y a cada una le endilga la frase "y eso a pesar de que entonces nada podía estudiar la mujer" u otras análogas (véanse las pp. 75, 99, 127, 132, 136, 137, 138, 145, 146, 149, 150, 153, 157), sin percatarse de que tantas excepciones constituían la regla general e ignorando la pobre que la educación femenina, anterior a 1810, era comparable y aun superaba a la que recibían los varones.

proclamado, lo vasto y lo hondo de la educación y la cultura, con anterioridad a 1810, pero tienen hasta una sonrisa indulgente al recordar la poquedad de asignaturas y los estrechos horizontes de las mismas, limitados por la Filosofía y la Teología, en los más y en los mejores de los casos, aunque en muchas se llegaba hasta el Derecho y en algunas hasta la Medicina, sin percatarse de que eran otrora, no ya prominentes, sino esencialmente filosóficas y teológicas todas las Universidades europeas, y que el Derecho no tuvo libre entrada en la Sorbona de París sino en 1679, y la Medicina estaba excluida de la de Oxford hasta mediados de la pasada centuria.

Este doble aserto no es, sin embargo, del todo exacto, ya que hasta esas fechas no contaban esas ciencias con cátedras propias, pero esas materias estaban en otras englobadas en una u otra forma. Todas, o la mayoría de las Universidades, enseñaban la universalidad del saber humano. Nuestra Universidad de Córdoba, por ejemplo, solo tenía cátedras de Teología y de Filosofía, y solo estas ciencias se enseñaban en el Colegio de San Carlos de Buenos Aires, pero dentro del programa de Filosofía estaba toda la Física y toda la Química y toda la historia natural y hasta la anatomía y el arte de curar. Creemos haber puesto de relieve esta amplitud de la Filosofía de otrora en nuestro libro, *El Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata*, y a sus páginas remitimos al lector ⁴.

Como con gracia y con verdad escribe Constantino Bayle, aquellas Universidades no tenían *microscopios electrónicos, ni cátedras de mecánica estelar, ni viajaban sus profesores en avión o automóvil pero es estrabismo mirarlas o quererlas ver al igual que las actuales*. Lo cierto es que, gracias a una formación filosófica maciza formaban hombres más hombres, sabios de raíces más hondas, y les abrían caminos a ciencias no estudiadas.

Dice Rafael Altamira: *Una de las expresiones más características del afán por la cultura es el enciclopedismo propio de los hombres de estudio de la época; era, en efecto, muy frecuente ver que una misma persona cultivase, y no sin lucimiento (a las veces con mucho), la literatura y las ciencias; y en éstas abundan los casos de teólogos que son al propio tiempo juristas; médicos que son matemáticos; moralistas, que son filósofos; matemáticos que descuellan también en Astronomía, Física y otras disciplinas; historiadores que escriben de otras materias muy diferentes; y hasta en los artistas no es raro encontrarlos que son arquitectos, escultores, pintores y tratadistas técnicos, todo en una pieza* ⁵.

Los nombres de Mariana, Vitoria, Luis de León, Quevedo, etc., lo atestiguan. Y por tierras americanas, la *Suma Geográfica*, del Bachiller

⁴ *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata, 1536-1810*. Buenos Aires, 1952.

⁵ Citado por Bayle, *Universidades Americanas en los tiempos coloniales*, p. 254. Suele aseverarse que, en cuanto a las ciencias aplicadas, fué nulo el saber en la América hispana, con anterioridad a 1810, siendo así que, tan solo en torno a la explotación de las minas y a la desintegración de los metales fue enorme, según un tan buen conocedor del tema como Lewis Hanke, en conferencia en la Academia de la Historia, Buenos Aires, 6-V-1959.

Fernández de Enciso; los *Diálogos militares* y la *Instrucción náutica*, del Oidor de Méjico, jurisconsulto de carrera, Diego García de Palacios; el *Arte de los metales*, del clérigo Alonso Barba, y la plurífera producción de Carlos Siguenza y Góngora, y de Pedro de Peralta Barnuevo, y por tierras argentinas el *Lunario de un Siglo*, de Buenaventura Suárez, y la *Carta Crítica* de Francisco Iturri, y la *Historia Civil* de Gregorio Funes, y la *Enciclopedia Científica* de José Sánchez Labrador, y las monografías etnográficas de Joaquín Camaño y los experimentos arácnidos de Ramón Termeyer, y las vastísima producción de Gaspar Juárez, y el saber astronómico de Alonso Frías, sin mencionar a tantos otros formados en las aulas americanas, dicen a las claras que las ciencias estudiadas en las Universidades coloniales no eran tan superficiales y limitadas, como algunos opinan, juzgando por los solos términos de Filosofía y Artes.

Si ayer como hoy es triple la misión de las Universidades: 1) traspasar a las nuevas generaciones el legado del saber, heredado de los que les han precedido; 2) preparar hombres capaces para las distintas profesiones, y 3) despertar vocaciones por la investigación, no puede negarse que la Universidad de ayer cumplió mejor con esos objetivos que la Universidad de hoy, reducida como está a la fabricación rutinaria y según un mismo molde, de profesionales. No exageramos tal vez al afirmar que así como otrora cada artista ponía en juego todos sus talentos para hacer obras maestras, muchas de ellas plenas de originalidad y de belleza, y hoy han sido reemplazadas por la fábrica que los hace en serie, según un mismo molde y a precios mucho más económicos y en mayor abundancia, así es la Universidad moderna, a lo menos la argentina, y es probable que también la sudamericana. No solo no ha reemplazado a aquellas originales sedes del saber máximo, sino que con su industrialización las ha muerto.

Muy otros eran los ideales en la generalidad de los catedráticos de otrora y muy otros en la generalidad de los estudiantes, y por eso era también muy otro el afán con que los unos enseñaban y los otros aprendían. En el escudo de la Real y Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, que fundaron y regentearon los Jesuitas en Quito, se leía la magnífica divisa: *Morir o Valer. Morir o superarse y superar*. Ese lema junto a la torre con el brazo armado, los lombrequines y el yelmo de remate, era un incentivo al esfuerzo, y lo era aquel otro escudo universitario con la pluma, el libro, la llama y la divisa: *omnium potentior est sapientia*, señalando así a la ciencia y al saber humano como potencias máximas que iluminan al mundo.

Era el espíritu universitario español que se bilocaba maravillosamente con presencia simultánea en España y en América, o era el gigantesco saber de aquella que, con un pie en la Península y con el otro en la América, dominaba en ambos mundos, y éso desde los primeros momentos de la conquista. Quienes hablan de los hombres de esta época como de espíritus depravados, grandes solo para el mal, como cantó Quintana antes de pronunciar su triple *mea culpa*, olvidan que, si bien parece que con Colón y con

algunos de los primeros conquistadores, pasaron algunos hombres desalmados, algunos prófugos de la justicia, también es cierto que por cada uno de esos indeseables llegaron diez y aun cien hombres de grandes virtudes y de eximio saber, quienes trajeron a la virgen América, no un fragmento o una parcela del saber europeo, sino la integridad del mismo.

Por eso conceptuamos gravísimo error remontar la tradición universitaria americana a 1810, y grave error también el remontarla a 1710 ó 1610, ya que *de facto* se remonta al siglo XIII su tradición de triunfos y fracasos, de ensayos fallidos y de ilusiones rotas, de doctrinas que habrían de perdurar y de ideas que habrían de morir o habían ya muerto; las Universidades americanas no nacieron en tierras americanas sino que vinieron en plena madurez, retoños cubiertos de ramas y hojas, y con luengas raíces, y vinieron desde Salamanca, desde Alcalá, desde Valladolid, desde Barcelona, desde Cervera, y vinieron con todo el historial del pensamiento en el que, durante centurias, se había nutrido lo más representativo de las élites intelectuales y los hombres más sobresalientes de la vida civilizada de España y de la Europa toda. *Hubo abolengo, no por lo antiguo del concepto vulgar*, diremos con el doctor Virgilio Paredes Borja ⁶ *sino como fuerza moral, como estímulo a un ideal de perfección, que se comenzó en el siglo XIII*, el más grande de los siglos, ya que en él la humanidad llegó a su climax, y que nunca termina, como historia de la cultura, ya que sin ella no hay pueblo con personalidad, y el pueblo hispano-americano la tuvo tan propia y tan vigorosa que, *una voce cantante*, reconocemos que no hubo en el Río de la Plata generación como la de 1810, y ella toda entera, con todas sus grandezas y con sus innegables fallas, insignificantes éstas en parangón con aquéllas, fue el fruto de la escuela, del colegio y de la Universidad colonial, y si el árbol hay que juzgarlo por sus frutos, ante frutos tan opimos, no superados aún, como los de 1810, hemos de reconocer la extraordinaria bondad de aquella educación primaria, secundaria y universitaria y aunque con matices diversos al caso rioplatense, fue de igual prestancia el chileno, el peruano, el neogranadino y el mejicano. Todos aquellos hombres eran de la misma pasta espiritual, moral, intelectual y práctica, porque todos ellos fueron plasmados en la Universidad hispano-americana.

Entroncar la Universidad actual con la de otrora es ya imposible, en la mayoría de los casos, por haber aquélla roto con toda tradición formal, aunque conserva, a lo menos en parte, la materialidad ⁷; la razón de este proceder no es de varones exentos de fobias y filias y enamorados tan sólo de la verdad. Por razones mezquinas se ha abominado y se abomina aún de las Universidades coloniales, por haber sido ellas obra de la Iglesia, ya por el esfuerzo de sus obispos o clérigos, ya por el de las Ordenes religiosas.

⁶ *La Universidad Central del Ecuador*, en *Anales* cf. Bibliografía.

⁷ Las actuales Universidades de Córdoba y Sucre ocupan los mismos edificios y la Aula Magna en una y otra son las que se utilizaron en 1759 y en 1659.

3. “*Las universidades americanas*, escribe Bayle, *pueden y deben atribuirse casi totalmente a la Iglesia, por su fin y sus promotores. Tráigase a la memoria que antes del Tridentino no hubo, o poco menos, Seminarios de clérigos, y aun después tardóse mucho en cumplir la orden conciliar. Los estudios de teología y ciencias afines se cursaban en las Universidades; y, cosa que hoy nos sorprende, se matriculaban en ellas gran número de estudiantes que no aspiraban a enfundarse la loba ni a recibir Ordenes sagradas; así se entiende la nube de vocaciones tardías (Lope, Calderón, Moreto, Solís, etc.) y los obispos sacados de los Tribunales para empuñar el báculo, consagrados in continenti, sin preparación teológica especial como Vasco de Quiroga, Santo Toribio de Mogrovejo, Fernando Arias Ugarte, Hernando de Santillán. Es que llevaban de atrás la ciencia necesaria. Pues si América no había de vivir de acarreo en este punto (y no convenía, pues la mercancía se dañaba fácilmente); si a los hijos de los conquistadores no se les cerraban las puertas de los beneficios que se les abrieron en la concordia de los primeros obispos con el rey en 1512, por necesidad habían de ponerse estudios en América, porque enviarlos a España con gastos y molestias sin cuento era para pocos.*”

Añadíase la aspiración, noble y prematura, de formar clero indígena: el instinto aquí, como en otros puntos, se adelantó a la enseñanza y a la experiencia, que no conocieron; lo que en 1525 avisaba el contador Rodrigo de Albornoz: que “*aprovechará más el que de ellos saliese tal [sacerdote] y hará más fruto que cincuenta de los cristianos para atraer a los otros a la fe*”⁸.

Pero la Iglesia poco habría podido hacer si no hubiese contado con las Ordenes religiosas, las que no eran tan solo herederas, pero hasta hermanas en la sangre intelectual de Tomás de Aquino y de Agustín de Hipona, de Francisco Suárez y de San Buenaventura. Con pocas excepciones fueron los Padres Dominicos los precursores de las Universidades americanas⁹ y los iniciadores del mayor lote de ellas. A esos varones, hermanos de Alberto Magno y de Tomás de Aquino, de Francisco de Victoria y de Melchor Cano, se debe la fundación, entre otras tantas, de las dos primeras Universidades que hubo en el Nuevo Mundo: la de Santo Domingo y la de Lima, y en gran parte corresponde a aquel maravilloso fraile franciscano y obispo de Méjico, Juan de Zumárraga, la fundación de la que se estableció en la capital de los Aztecas, como se debió a otro fraile franciscano la fundación de nuestra admirada Universidad de Córdoba. No obstante contar con hombres plenos de sapiencia, prefirieron los hijos de Asís las escuelas primarias populares, y las sembraron a granel, dejando a los Dominicos, Agustinos y Jesuitas el cosechar aquella siembra, y con creces, en sus aulas universitarias.

Enorme y grandemente benemérita fue la labor de Dominicos y Agustinos, pero no es excesivo afirmar que el dinamismo, por una parte, y la

⁸ Constantino Bayle, *Las Universidades*. . . 255.

⁹ Con el título, excesivamente amplio, de *Universidades Dominicanas en América*, escribió el Padre Beltrán y Heredia O. F., varios artículos en *Ciencia Tomista*, pero por desgracia sólo se refiere a las de Santa Fe y de Quito.

modernidad de los procedimientos, por otra, con que los religiosos de la Compañía de Jesús penetraron con aire de conquista en todas las zonas del Nuevo Mundo sorprendió a aquellos, y si ese ímpetu de los Jesuitas, a las veces, produjo roces, dicusiones y discordias, y hasta largos pleitos, nunca fue por móviles rastreros ni menguados intereses, sino por el altísimo de crear una Universidad más, otro centro irradiador de cultura, otro hogar del más noble saber. *Monstruo de dos cabezas* calificó La Condamine a Quito porque tenía dos Universidades, y su diatriba ha sido repetida por no pocos autores, como para demostrar la escasa valía de una y otra Universidad quiteña, como si, suponiendo que hubiera bastantes catedráticos y bastantes alumnos para las dos, no fuera entonces, como lo sería hoy, un acicate de perfeccionamiento esa noble competencia de superioridad. Si el viejo adagio: *lo que abunda, no perjudica*, tiene una aplicación general, no adivinamos por qué en este caso, y sea dicho con todo respeto al académico francés, imbuído en ideas de dictadura intelectual estatal, se haya de considerar como perjudicial. Un autor quiteño nos dice que este hombre de ciencia *no hallaba correspondencia, la más remota, entre una población de unas quince mil almas, desmedrada, desventajosamente colocada, y con dos Universidades, teólogos, canonistas, juristas y discusiones bizantinas en que nadie se ponía de acuerdo, y que nunca terminaban*" ¹⁰.

Dejamos al doctor Paredes Borja el probar que eran bizantinas esas discusiones; sólo recordaremos aquí que las más famosas discusiones de otrora, así en el terreno de la filosofía como en el de la teología, están aún sobre el tapete, y tienen, como hace siglos, el enorme poder de hacer que las más preclaras inteligencias echen por sendas muy diversas e inconciliables. Hoy nos contentamos con teorías, terreno inseguro y deleznable, y aceptamos la de Copérnico, sin constarnos de su verdad. Los hombres de otrora, menos prácticos sin duda, pero más empeñados en llegar a la verdad, no se contentaban con lo posible, lo probable, lo más conveniente, lo más agradable.

Otro escritor quiteño, el historiador González Suárez, escribió que *hasta fines del siglo décimo octavo no hubo en Quito una Universidad propiamente dicha: la que había habido antes no era sino Facultades Universitarias, con privilegio de conferir grados de Filosofía y Teología*" ¹¹, pero esta aserción es muy discutible, ya que la esencia de una Universidad no está en que tenga tal o cual número de cátedras, sino en contar con el derecho de graduar a sus alumnos en una, dos o más Facultades. Pero hoy, ¿qué se entiende por Universidad, o qué se entendía otrora? Para el doctor Juan P. Ramos, no es un edificio o conjunto de edificios, ni es un aglomerado de aulas, sino *un cuerpo, un espíritu y una conducta*, y siendo cuerpo, espíritu y conducta no

¹⁰ Cf. n° 6. En nuestra introducción a *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, tuvimos ocasión de poner en ridículo las manidas aseveraciones de esta laya, proferidas por quienes tienen el más absoluto desconocimiento de lo que fue otrora el estudio de la filosofía, cuando esa asignatura era el alma de toda labor intelectual.

¹¹ *Historia General del Perú*, Quito 1931, VII, 31.

puede ser analizada ni sintetizada en una forma que abarque todos los aspectos de una de las instituciones más maravillosas que ha creado el hombre ¹².

Etimológicamente no se derivaba de universalidad o pluralidad de materias o asignaturas, sino de universalidad de estudiantes o reunión general de los tales, y más que la enciclopedia científica interesaba la ciencia y el entusiasmo de maestros y alumnos, y nada importaba el que los unos y los otros fueran nobles o plebeyos, con tal que el saber acompañara a los maestros y el afán de saber impulsara a los alumnos. Ni en España, ni en los demás países europeos se consideraba como esencial a una Universidad el que contara con un crecido número de Facultades, ya que no eran pocas las que sólo tenían dos o tres, como acaece hoy en los Estados Unidos con muchas Universidades, pero lo que sí se consideró como esencial es que una de ellas fuera la de Teología, porque era ella la que había de aglutinar y dar unidad a todas las demás, y por eso fueron otrora teológicas todas las Universidades europeas, y siguen siendo tales las mejores de Inglaterra, de Alemania, de Bélgica y de Estados Unidos.

Algunos escritores, por desconocer las razones íntimas de las cosas, han mostrado extrañeza y hasta displicencia por contar las Universidades coloniales con la aprobación pontificia, sin percatarse de la enorme trascendencia de esta realidad. Fundados en ella han escrito, muy sueltos de cuerpo, que las Universidades coloniales eran primordialmente seminarios destinados a educar a los candidatos al sacerdocio. Gravísimo error es éste. Todavía en 1816 nuestro Congreso de Tucumán, al determinar crear una Universidad en Buenos Aires, reconoció que, ante todo, era menester acudir para ello a Roma, y la razón era porque la estabilidad legal de las Universidades, como instituciones de cultura general, abiertas a los estudiantes de todos los países, dependía de la Santa Sede, puesto que ésta era la única institución de índole también universal. D'Irsay refiere ¹³ cómo en 1543 el príncipe protestante Alberto de Hohenzollern estableció la Universidad de Königsberg y aunque la llegó a inaugurar en 1544, la opinión pública le constriñó a acudir al Papa, por el que no tenía aprecio ni respeto alguno, a fin de obtener que los títulos tuvieran validez universal y no tan solo nacional.

Es que las Universidades de aquellos tiempos no eran el patrimonio de un país o de una nación, sino que eran considerados como algo al servicio de toda la cristiandad, y, por ende, como sujetas a los Papas. *Siendo la Santa Sede*, escribe Arthur Gray, *la única autoridad internacional, a ella compete establecer no solamente las relaciones entre las escuelas y el Maestrescuela*

¹² *Las Universidades en la Edad Media*, en *Ortodoxia*, Buenos Aires, n° 9, p. 145: "Nosotros no podemos, como decía, considerar a esa Universidad de la Edad Media con el mismo criterio con que veríamos por ejemplo una Universidad argentina, porque ésta nos fuerza a decir que es una institución que se puede crear por un decreto, como hace poco sucedió con la Universidad de Cuyo. Una vez dictado el decreto, esta Universidad empieza a vivir, mal o bien, con vida puramente reglamentaria, oficial, hasta convertirse en una realidad o en cosa inerte, sin vida, sin alma".

¹³ D'Irsay, I, 324, Cf. Bibliografía.

la, representante oficial del Obispo para conceder los grados, sino que por el concepto mismo de la universalidad que tenía la Universidad, al Papa tocaba determinar las relaciones de todos sus elementos constitutivos”¹⁴.

Creemos que vale la pena que consignemos en este lugar la bula de Paulo III, del 28 de octubre de 1538, que es el más antiguo documento papal referente a la fundación de una Universidad en el Nuevo Mundo. Por ella se podrá colegir la trascendencia de la aprobación pontificia, en favor de una Universidad¹⁵.

Pablo Obispo, Siervo de los Siervos de Dios. Ad Perpetuam Rei Memoriam.

Colocados, por Divina disposición, en la cumbre del apostolado, si bien carentes de méritos proporcionados para ello, y considerando en lo íntimo de nuestro pecho, los frutos agradables, así a Dios como a la República cristiana, que nacen, como es cosa notoria, del estudio de las letras, queremos acudir a aquellos arbitrios, merced a los cuales se pueda atender, tanto a los fieles como a los religiosos de observancia regular consagrados al Altísimo, (singularmente cuando así lo solicitan sus superiores), a fin de que prosiguiendo en sus estudios, les sea dable lograr los honores y premios correspondientes a sus faenas. Viendo pues en el Señor, como cosa que atañe a Nuestra Apostólica Misión, que es cosa harto conveniente y saludable, de buen ánimo se lo concedemos.

En efecto, en una solicitud que Nos fue recientemente presentada, por nuestros amados hijos, el Maestro Provincial de la Provincia de Santa Cruz (así denominada conforme a la usanza y costumbre, de la Orden de los Hermanos Predicadores), por el Prior y los Hermanos de la casa de Santo Domingo, se contenía lo siguiente:

Que en tiempo atrás, mirando ellos que los habitantes de las islas del mar océano, en las que está la dicha ciudad, eran infieles y rendían culto de adoración a los ídolos; ganosos de extirpar radicalmente esta infidelidad y de plantar árboles que llevasen frutos sazonados; movidos por el deseo de iluminar la ciudad de los infieles con predicaciones y vida ejemplar, encaminaron (ayudado de la Divina gracia) a innumerables personas de ambos sexos, mediante el bautismo, al culto de la religión cristiana y pusieron empeño en convertirlos a la fe católica. Desde el tiempo de esa conversión, aun fuera de allí, predicando por manera incesante, cosecharon copiosísimos frutos en la heredad del Señor.

A la dicha ciudad, que es ya sobremanera insigne, situada en apartada región y de todo punto ignorante de las sagradas letras, suelen afluir, numerosa muchedumbre de gentes, procedentes de las islas circunvecinas, así para avecindarse en ella, como para entender en negocios. Si en ella, donde

¹⁴ Citado por D'Irsay, l. c.

¹⁵ Tomamos el texto de *La Universidad de Santo Domingo. La Bula In Apostolatus culmine.*

ya florece un estudio general, recientemente erigido por autoridad apostólica, pero que carece de los privilegios e indultos apostólicos necesarios para promover a los grados que suelen concederse en las Universidades de estudios generales de los Reinos de España, (a quien, como se sabe están sujetas las dichas islas), si en ella, para la dirección de dicho Estudio General, se erigiese y fundase, por manera perpetua, una semejante Universidad General, de Doctores, Maestros y escolares, con sello, arca y demás insignias acostumbradas, con preeminencias, libertades, exenciones e inmunidades, al modo de la de Alcalá, en la diócesis de Toledo, esa ciudad, acrecentándose por esta causa sus moradores, vendría, sin ningún género de dudas, a ser realzada en gran manera.

Con la fundación de dicha Universidad General, serían además, más fervientemente instruidos en la religión cristiana, los naturales y moradores tanto de la ciudad como de las mencionadas islas, y se miraría en mucho, por el honor, comodidad y holgura, del propio Provincial, del Prior y los Hermanos, quienes estimulados, cobrarían mayores ánimos para entregarse a las obras de virtud y caridad.

Estos motivos indujeron al P. Provincial, al Prior y a los Hermanos, a suplicarnos humildemente, que fundásemos y erigiésemos, en forma perpetua, en dicha ciudad, la referida Universidad de Doctores, Maestros y escolares al modo de la de Alcalá, que es la preferida, Universidad que ha de ser regentada y gobernada por un Regente a quien ha de denominarse Rector. Requirieron, pues, que por Benignidad Apostólica, Nos dignásemos otorgarle que los alumnos, tanto seculares como de cualquier Orden Regular, y aun los que allí acudiesen de cualquier otra región, con tal que hubiesen cursado y llevado a buen término sus estudios en una lícita facultad de letras, y se guardasen las debidas normas (como está en uso en las predichas Universidades), pudiesen ser promovidos a los grados de Bachilleres, de Licenciados, de Doctores y de Maestros, sujetándose al debido examen, asistiendo cuatro Doctores de la misma facultad, nombrados o delegados para ello, por el Prior y Rector de la Universidad de Santo Domingo; Doctores que, recibiendo las promesas juradas, puedan conferirles los dichos grados y entregarles las usuales insignias; y a falta de ellos [de los cuatro doctores] pueda promoverlos y entregarles las insignias el Regente de la Universidad o el Obispo de Santo Domingo en ese tiempo existente.

Solicitaron asimismo facultad, para traer, cuando fuese menester, lectores de otras partes, señalarles las lecciones, fijarles congrua remuneración si el tesoro de la Universidad lo sufre. Piden además poder, para trazar ordenanzas (como en las predichas Universidades), mudarlas, enmendarlas y reformarlas, y hacer cuanto fuese de lugar, de suerte que puedan estatuir y mandar exigiéndolo la necesidad, y conforme, según su criterio, juzgasen oportuno.

Nos, deseando honrar con singulares favores y gracias al sobre dicho Prior y Hermanos, nos sentimos inclinados a acceder a dichas súplicas y ab-

solviéndolos (únicamente para los fines que atañen al logro de esta petición), de cualquier excomunión, suspensión o entredicho, u otra cualquiera sentencia eclesiástica, absolviéndolos decimos, de censuras y penas, sean "a jure", sean "ab homine", en que hubiesen por cualquier causa incurrido, y teniéndolos ya por absueltos en virtud de Nuestra Autoridad Apostólica y por tenor de las presentes, erigimos y fundamos en la dicha ciudad, una semejante Universidad de Doctores, Maestros y estudiantes, al modo de la de Alcalá, la cual ha de ser regida y gobernada por un Regente a quien se denominará Rector.

Mandamos también y ordenamos que los alumnos, tanto seculares como de cualquier Orden Regular, y los que allí concurriesen de otras regiones, con tal que hayan cursado y terminado sus estudios en una lícita facultad de letras y se ajusten a las debidas normas (como está en uso en las predichas Universidades), puedan ser promovidos a los grados de Bachilleres, de Licenciados, de Doctores y de Maestros, sujetándose al debido examen ante cuatro Doctores de la misma facultad, nombrados o delegados para ello, por el antes dicho Prior y Rector de la Universidad de Santo Domingo; doctores que, recibiendo promesa jurada, puedan conferirle los dichos grados y entregarles las acostumbradas insignias; y a falta de ellos [de los cuatro doctores] pueda promoverlos y entregarles las insignias el Regente o el Obispo de Santo Domingo. Les concedemos, por igual modo, asignarles las lecciones y fijarles congrua soldada, si así lo sufre el caudal de la Universidad de Santo Domingo.

Quedan también autorizados, para hacer, libre y lícitamente, ordenanzas (como en las predichas Universidades), cambiarlas, enmendarlas y reformarlas, y cuanto fuere de lugar, de suerte que puedan estatuir y mandar, exigiéndolo la necesidad, y conforme a su criterio, juzgasen oportuno.

A norma de lo solicitado, concedemos también por Nuestra Autoridad, al tenor de las presentes, que los promovidos en dicha Universidad de Santo Domingo a los grados de Bachilleres, de Licenciados, Doctores y Maestros respectivamente, posean, usen y gocen, libre y lícitamente, en cualquier modo en lo futuro, de todos y cada uno de los privilegios, indultos, inmunidades y favores, que poseen, usan y gozan, los que son promovidos a los mismos grados, en las Universidades de Alcalá, de Salamanca o cualquier otra Universidad de dichos Reinos, según sus ritos y costumbres.

Esto, pues, concedemos sin que pueda sufrir menoscabo por lo que en contrario se acertase a hallar, en lo dictado en otras Letras Apostólicas, Provinciales o Concilios Sinodales, en constituciones generales o especiales, en ordenanzas y privilegios, en Letras Apostólicas concedidas a cada una de las universidades de dichos Reynos, en cualquier forma hayan sido formuladas, aun las concedidas a manera de "motu proprio", confirmadas por pragmáticas de dichos Reinos, por Estatutos Municipales, a despecho de que gocen de aprobación Apostólica o estén asegurados por otra cualquier fuerza.

Todo esto, por tanto, lo derogamos, sin que sea parte a impedirlo, que en los referidos documentos se hubiese hecho constar, que para ser derogados era preciso hacer de ellos y de su total contenido, mención específica, explícita y particular y no una mención contenida en cláusulas generales. Los derogamos (así en ellos se declarase expresamente que no podían ser invalidados o derogados) como si estuviesen aquí insertados letra por letra, en su propia forma y estilo, sin perjuicio de que conserven su vigor obligatorio, con relación a otras cosas a que puedan referirse; por lo que hace a lo presente quedan derogados, no importa todo lo que en contrario pueda haber.

A nadie pues, absolutamente a nadie, le sea lícito violar o temerariamente oponerse a estas Nuestras letras de erección, de fundación, de estatuto, de concesión, de indulto, derogación y voluntad.

Si alguien intentase semejante cosa, sepa que incurrirá en la indignación de Dios Omnipotente y de los Bienaventurados Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

Dado en Roma en S. Pedro, el año mil quinientos treinta y ocho de la Encarnación del Señor, a veintiocho de octubre, año cuarto de Nuestro Pontificado.

España reconoció siempre, a la par de todos los pueblos católicos, la facultad pontificia de fundar jurídicamente los llamados Estudios Generales o Universidades, y como ya indicamos, hasta los príncipes protestantes se vieron constreñidos a reconocerla. El Código de las Siete Partidas, cuerpo legal formado por Alfonso el Sabio, e investido de fuerza compulsiva, desde el año 1348, según disposición de Alfonso XI, por el Ordenamiento de Alcalá, reconocía a los Papas esa facultad.

Estudios, dice el Código citado ¹⁶, es ayuntamiento de Maestros e de Escolares, que es fecho en algún lugar, con voluntad e entendimiento de aprender los saberes. E son dos maneras: La una es, a que dice Estudio general, en que hay Maestros de las Artes, así como de Gramática, e de la Lógica, e de Retórica, e de Aritmética, e de Geometría, e de Astrología: e otrosí en que hay Maestros de Decretos, e Señores de Leyes. E este estudio debe ser establecido por mandato del Papa, o del Emperador, o del Rey. La segunda manera es, a que dicen Estudio particular, que quiere tanto decir, como cuando algún Maestro muestra en alguna Villa apartadamente a pocos Escolares. E tal, como éste, pueden mandar facer, Prelado, o Consejo de algún Lugar”.

¹⁶ Ley 1, Título 31, 2ª Parte. Cabe recordar aquí lo que las Partidas consignan respecto a la ubicación apropiada de una Universidad: “De buen aire, e de fermosas salidas deve ser la Villa, do quisieren establecer el Estudio, porque los Maestros que muestran los sabederes, e los Escolares que los aprenden, bivan sanos en él, e puedan folgar, e recibir placer en la tarde, cuando se levantaren cansados del estudio. Otrosí deve ser abondado de pan e de vino, e de buenas posadas, en que puedan morar e pasar su tiempo sin gran costa. Otrosí decimos que los ciudadanos de aquel lugar, do fuere fecho el Estudio, deben mucho guardar e honrar a los Maestros e a los Escolares, e a todas sus cosas...”

E por ende mandamos que los Maestros, e los Escolares, e sus mensajeros, e todas sus casas sean seguras, e atreguadas, en viniendo a las Escuelas, e estando en ellas, e yendo a sus tierras. E esta seguridad les otorgamos por todos los lugares de nuestro señorío...” (Partida II, Tit. XXXI).

4. Por lo que respecta a las Universidades que hubo en América Hispánica, se las ha querido clasificar en públicas y privadas, en generales o particulares, en reales y no reales, en pontificas y no pontificias, en estatales y libres, en Universidades de *oposición* por lo que toca a los catedráticos, y por *nombramiento* de los mismos; en subvencionadas por el Estado y en no subvencionadas, etc., etc., pero todas estas discriminaciones fallan si las aplicamos a todas y aun a parte de las treinta y tres Universidades que hubo en América. Dos de las primeras, las de Méjico y de Lima, se sentían amonadas al ver que surgían centros culturales con iguales privilegios e iguales poderes, y buscaban entonces sostener en alto la cabeza, para lo cual se empujaban sobre cualquiera ficción, declarando unas veces que eran reales, que eran pontificias, que en ellas se otorgaban las cátedras por oposición, o que no se recibían propinas en los grados, o se aducían otras causales, pero el hecho cierto es que todas tenían la misma amplitud en cuanto a los privilegios esenciales.

Aunque la *Recopilación* habla de Universidades generales y particulares, no precisa qué es lo que caracteriza a las unas y a las otras, y todo hace creer que la ley primera que indujo a esa distinción caducó muy pronto como escribe Salazar¹⁷, ya que ni la enseñanza de todas las ciencias y facultades, ni los privilegios anejos a los grados, ni la jurisdicción de los rectores fueron algo peculiar a Lima y a Méjico, ni había en estas Universidades algún factor que las sitiara en un plano superior; en cuanto al privilegio de no pechar era cosa tan accidental como insuficiente para justificar una distinción jurídica fundamental. Por otra parte varias de las Universidades particulares consiguieron privilegios como los que caracterizaban a los Estudios Generales de Salamanca, Lima y Méjico. Si admitimos, pues, que la diferencia reside en las cualidades que se expresan en la misma ley 1ª, debemos también admitir que fuera de las Universidades de Lima y Méjico, otras hubo en América que debieron basarse en la referida ley.

Parece que la distinción, aunque bastante arbitraria e inexacta, está en que por *general* se entendía pública, y por *particular* se entendía privada, y a lo menos en algunos casos prevaleció este criterio, aunque sobre base falsa, como cuando en 1800 el Consejo de Indias declaró que la Universidad de Córdoba nunca había sido general, pues sólo tenía una limitada facultad de conferir y obtener grados, y los estudios *dependían únicamente de la voluntad de sus superiores regulares, sin intervención de la autoridad regia, por cuya esencial falta nunca pudieron ni debieron colocarse en la clase de estudios públicos*, pero este criterio sólo pudo prevalecer en el siglo XVIII, ya que en los siglos anteriores jamás asomó. Por otra parte, a lo menos en lo que a Córdoba se refiere, el Consejo incurría en un lamentable desconocimiento de la realidad, al indicar que sólo tenía el privilegio de graduar, otorgado a los estudios privados de la Comunidad.

¹⁷ Salazar, p. 488. Cf. Bibliografía.

A nuestro juicio, y ante todos los antecedentes de que hemos podido cerciorarnos, todas las Universidades eran de carácter público, con la sola excepción de alguna que otra, que consignamos al final de nuestro estudio, y aquellas eran tales por haberse erigido con la autoridad del Rey, y con la de la Santa Sede, aunque aquél por razones que no entendemos, las distribuyera en menores y mayores, o sea, en particulares y en generales, según el lenguaje de la *Recopilación*. Así vemos cómo, a fines del siglo XVIII, el Procurador de la Universidad Jesuítica de Santa Fe, en el Nuevo Reino, defendía ante el Consejo el carácter público de ese centro de estudios, aunque careciera de la categoría de mayor. Decía él que "*esta prerrogativa es sólo, una variación accidental, que consiste en la adición de mayores privilegios, que se conceden a las mayores, no en cuanto a la publicidad de estudios generales, pues tanto las mayores como las menores son públicas*" ¹⁸.

Si nos atenemos al texto de los documentos pontificios, por los que se crearon las Universidades americanas, observamos tres categorías: las autónomas, por concesión pontificia, y que podían componer sus estatutos y gozaban de potestad de jurisdicción; las que sin tener jurisdicción territorial la tenían sobre los integrantes, que la componían, en virtud de algún pacto, juramento o promesa; y por último aquellas cuyo rector carecía de autoridad y ante el claustro era como un padre o un maestro, distinción o jerarquización que tenía sus vinculaciones con los derechos del Ordinario, pero que para la historia externa y aun interna de las Universidades americanas no tiene trascendencia alguna. Lo sustancial era el otorgamiento de la facultad para erigir en un lugar dado una Universidad perpetua de estudios generales, con rector y lectores que enseñaran todas y cada una de las facultades permitidas según sus Constituciones, y que los estudiantes, que en ella cursaran, pudieran recibir los respectivos grados e insignias de manos del Ordinario o del rector, gozando de todos los privilegios espirituales y temporales, concedidos a los que se graduaban en las demás Universidades de España.

Con esto no queremos decir que no hubiese ciertas distinciones o grados entre unas y otras Universidades, pero era más en lo teórico que en lo práctico, afectaban más al honor que a la labor, más a la magnificencia que a la eficiencia. La misma *Recopilación* que distingue entre Estudios o Universidades y Estudios Generales que eran las Universidades de índole oficial, como las de Lima y Méjico, largamente legisla sobre éstas, como algo atinente al Gobierno, mientras con respecto a las otras hay una sola ley, la segunda del título 22, del libro primero, por la que se les prohíbe ampliar sus estatutos ni alargar el tiempo por el que se les concedió graduar; terminado el período prefijado debían acudir al Consejo de Indias *donde se proveerá lo que fuese conveniente*, y en caso de negarse el Consejo a proveer favorablemente, *cese y se acabe el ministerio de aquellos estudios, que así es nuestra voluntad*."

¹⁸ Salazar, 492, quien cita el documento como existencia en el Archivo General de Indias. Audiencia de Santa Fe, 759.

No fueron pocas las Universidades hispanoamericanas que se fundaron *ad tempus*, esto es, con concesión precaria de diez o más años, pero al cabo del período prefijado, y ante la seriedad de los estudios en ellas realizados, se les otorgó plenísima libertad, sin cortapisas ni limitaciones algunas.

5. Dichosos tiempos aquellos de verdadera libertad, y de sincera democracia, en los que el Estado miraba con afán por la existencia y marcha de las instituciones creadas por él mismo, pero en forma alguna amordazaba la acción privada, antes la alentaba y protegía. No temía la competencia, antes la buscaba. Procuraba, eso sí, evitar los abusos de la improvisación, de la vanidad, y de la presunción, mucho más aún los afanes de cultura superior que pudieran basarse en razones menos nobles, como el lucro, pero una vez asegurado este punto dejaba a todos la más omnímoda libertad para enseñar y para aprender. No habían llegado aún los tiempos en que la prédica de la libertad habría de reemplazar a las realidades de la misma, dejándonos la dorada corteza, pero privándonos del fruto.

En otra coyuntura ¹⁹ no hemos trepitado en afirmar que con anterioridad a 1810 hubo la más omnímoda libertad en el campo más noble de la actividad humana, que es el campo intelectual, mientras que después de esa fecha, inicióse la esclavitud en ese mismo terreno, esclavitud que, con inmenso desdoro de algunos países de origen hispanoamericano, flagela, extorsiona y mata la verdadera libertad intelectual.

Esta era la que otrora constituía una Universidad y ella era la que obtuvieron todas las que hubo en América, con las escasas excepciones que anotaremos oportunamente, y por eso, en lo sustancial, tan Universidad era la de Lima como la de Córdoba del Tucumán, la de Méjico como la de Popayán o Guamanga.

Correspondía a la Santa Sede, como ya dijimos, el favorecer con tan gran merced como era el otorgar grados de validez mundial, pero correspondía a la autoridad del Rey el mirar por la dignidad de la nueva institución, por la economía de la misma, y por la seriedad de su actuación. Por lo general era lento el Gobierno en expedir la Real Cédula de fundación. Hasta varios y muchos decenios pasaron en algunos casos, por no contarse con las garantías suficientes. No se escatimó la fundación de Universidades donde hubiese necesidad de una, y donde hubiese los medios para que fuera eficiente, pero se evitaba el crearlas sin ton ni son. Fueron necesarias las súplicas de los Cabildos civil y eclesiástico, las de la Audiencia, las de los Gobernadores y Obispos para otorgarse en algunos casos lo que se deseaba, y esas súplicas eran, a las veces, de una sinceridad y de un candor que enternecen: *Que el haber Universidad es conveniente y aun necesario en esta República y reino, para que los hijos del mismo tengan adónde aprender letras y virtud con que se hagan capaces de tener doctrinas, teniendo ciencia para instruir y enseñar a los naturales el camino de su salvación, de lo cual hay grandísima falta.*

¹⁹ *¿Libertad antes de 1810 y esclavitud después de 1820..* En *El Pueblo*, 9-VIII. 1958.

Demás de que en esta virtuosa ocupación se apartarán y huirán de la ociosidad, ocasión de muchos vicios, que por los mozos de este reino es acostumbrada". Así se expresaba en una ocasión la Audiencia de Quito.

Hemos de reconocer con el historiador venezolano Carraciolo Parra²⁰, que *"las Universidades coloniales no fueron el fruto de la improvisación"*. La de Caracas, fundada en 1725, había dado los primeros pasos para llegar a ello en 1696, pero fue en ese año que el Gobernador y el Obispo de Caracas escribieron al Rey, manifestándole que la fábrica del edificio estaba terminada, que sus rentas estaban corrientes, que los colegiales asistían asiduamente, que estaban ya nombrados los catedráticos de Gramática, Artes y Teología, que se había nombrado el mayordomo, que todo estaba según las leyes del Real Patronato.

No por negarse a propagar la cultura, sino por el deseo de no aprobar lo que no merecía la real aprobación, ni darse el título de Universidad a una institución que no daba las suficientes garantías, negóse el Rey a elevar a Universidad el Colegio Seminario de Santa Rosa. Gobernador y Obispo, en 1700, volvieron a suplicar la erección de la Universidad, pero el Rey deseando *"tomar la resolución más conveniente para el aumento, honor y premio de las letras"*, pidió informes sobre los adelantos de los alumnos. En 1702 se volvió a pedir la elevación del Colegio a Universidad, y al efecto se pidió la nómina y número de maestros, colegiales y cursantes, se demandó la exposición de las conveniencias e inconveniencias que pudieran seguir a aquella Provincia y a las demás circunvecinas; se exigió si había congrua perpetua y suficiente..., etc.

Para que el lector pueda apreciar cómo se estaba muy lejos de toda improvisación, vamos a transcribir la Real Cédula del 31 de Enero de 1676 por la que quedó establecida la Real Universidad de San Carlos de Guatemala, ya que la lectura de este documento dice a las claras cuán empeñada estaba la Metrópoli en la difusión del saber, pero cuán cuidadosa también en evitar los excesos:

El Rey. — Presidentes y Oidores de mi Audiencia Real de la ciudad de Santiago de las Provincias de Guatemala. Dn. Antonio Serresuela Calderón, vecino de esa ciudad, dio cuenta los años pasados al Rey mi Señor y Padre (que sea en gloria) como Rector que era del Colegio de Santo Tomás de Aquino de ella, de que don Francisco Marroquín, primero obispo de la iglesia de esa ciudad, ordenó por cláusula de su testamento, que otorgó en cinco de Abril del año pasado de mil y quinientos y sesenta y dos, debajo de cuya disposición falleció el de quinientos y sesenta y tres, se fundase en ella el dicho Colegio con un Rector y dos colegiales, hijos de vecinos beneméritos, que se criasen en recogimiento, virtud y buena educación y que en él se les leyese gramática, Artes y Sagrada Teología, y que para este efecto compró un sitio inmediato al compás del Convento de Santo Domingo para esta obra pía, unas

²⁰ Carraciolo Parra, *Documentos*. Cf. Bibliografía.

rentas fundadas en los terrasgos que han pagado y pagan los indios y pueblos circunvecinos, ordenando que para que fuesen competentes, a lo que dispuso se impusiesen a censo en fincas seguras, las cantidades necesarias, sacándose para este fin del mayor y más bien parado de sus bienes, y que habían entendido se cumplió por sus Albaceas, y que el mismo Obispo nombró por Patronos del Colegio, a los Deanes de la Iglesia de esa ciudad de Guatemala y a los Priores del Convento de Santo Domingo, que se sucediesen y que habiendo edificado en el sitio referido, la casa del Colegio, trataron el año mil y seiscientos y cincuenta y nueve, el Doctor don Melchor de Tafuya, que fue Deán de la dicha Iglesia y Fray Lorenzo Pérez, Prior que así mismo era del dicho Convento, Patronos de él, de nombrar Rector y de señalar colegiales, en cumplimiento de la última voluntad del testador, y con efecto nombraron al dicho don Antonio Serresuela, por Rector del Colegio de Santo Tomás, en siete de noviembre del mismo año, de que tomó posesión, y cuando se entendió llegaba ya a tener efecto esta obra pía, se había dejado, y que supo era por haberse suplicado se concediese Universidad a este Colegio y que hasta que se consigue la merced, no había de tener principio la obra y el dicho don Antonio Serresuela suplicó que por ser esto en grave perjuicio del fundador (por no haberse cumplido sus legados en noventa y ocho años que había fallecido) y de los vecinos de esa ciudad y sus hijos y descendientes, se mandase examinar el estado que desde su principio, habían tenido y tenían las cosas del Colegio, qué cantidades se pusieron a censo, qué montaban sus rentas, en qué se habían consumido, y qué obras pías se habían hecho y después en carta de veinte y seis de Febrero del año de mil y seiscientos y cinquenta y dos, representó esa ciudad de Guatemala, había muerto Pedro Crespo Suárez, Correo Mayor que fue de ella, y que dejó gran parte de su hacienda, para que se pusiese a renta y se fundase en dicha ciudad una Universidad, y dotadas para ello cátedras de Artes, Teología, Cánones, Leyes y Medicina, y que esta obra útil y piadosa, la dejó encomendada a la Religión de Santo Domingo, la cual con todo cuidado y trabajo solicitaba el fin de ella, y tenía ya hecha la Universidad y un Colegio de ocho colegiales, que es uno de los más lucidos que hay en esas partes, con sus clases y generales, para que se lean dichas Cátedras, de lo cual, esperaba mucha utilidad, porque tendría la juventud y vecinos y vasallos, muy singular consuelo, viendo lograr en sus hijos la capacidad de su naturaleza, que se malograban por falta de estudios mayores, pues había muchos años que ninguno había podido ir a estudiar y graduarse en Universidad alguna por no haber en todas las Provincias de la Nueva España y Tierra Firme, sino sólo la Universidad de México, que dista trecientas leguas de esa ciudad de Guatemala y suplicó al Rey mi Señor y Padre, que pues ya la Universidad se hallaba dotada con bienes que dejó el dicho Pedro Crespo Suárez para su fundación, se sirviese conceder a la Religión de Santo Domingo la licencia que pretendía y esto mismo suplicó esa ciudad en diferentes cartas de los años de mil y seiscientos y cincuenta y nueve, seiscientos y sesenta y tres mil y seiscientos y sesenta y siete, y habiéndose visto entonces en mi Consejo de las Indias, los papeles

tocantes a esta materia, con lo que sobre ella pidió el Fiscal, se mandó por cédula de cinco de Julio del año de mil y seiscientos y cinquenta y tres, se hiciese en esa ciudad una junta que constase del Presidente de esa Audiencia, Oydor más antiguo, y Fiscal de ella, Obispo y Deán de la Iglesia Catedral y que juntos confiriesen y examinasen las conveniencias o inconvenientes que podían resultar de que se diese ejecución a la fundación de la Universidad, para cuya obra dejó y impuso a renta el principal de cuarenta y seis mil tostones el dicho Pedro Crespo Suárez, y en cumplimiento de esta orden se hizo la junta con las personas referidas en quince de julio de mil y seiscientos y cinquenta y nueve, como lo avisaron los Ministros de ella en carta de veinte y tres de Octubre siguiente, refiriendo el estado que tenía la obra del referido Colegio de Santo Tomás de Aquino y de la Universidad y las Cátedras que el fundador de ella dejó dispuestas y las rentas que para todo aplicaron el Obispo don Francisco Marroquín, Pedro Crespo Suárez y Sancho de Varaona, y que en cuanto a la jurisdicción o superintendencia que pretenden tener los Religiosos de Santo Domingo en la Universidad, y si las aulas y generales están dentro del Convento o no, se resolvió se hiciese saber al Prior y Convento para que declarasen su ánimo y se pusiese testimonio del sitio en que está lo fabricado y que parecía que los Religiosos no pretenden superintendencia, y que renuncian en mis reales manos cualquier derecho que tengan a dotación de Cátedra y que sólo pretenden entrar en concurso de opositores y constaba que la fábrica está en el postrer ángulo del cementerio del Convento de Santo Domingo y que lo divide una calle real como todo parecía del testimonio que remitía, y la junta suplicó al Rey mi Señor, sirviese de conceder licencia para la fundación de la dicha Universidad, pues no se seguía perjuicio a la de México ni a otra comunidad, como se reconocía por su informe y por la representación que había hecho el Virrey, antes sí muchas utilidades y conveniencias de la dicha fundación y coadyuban con este mismo sentir don Fray Payo de Rivera, siendo Obispo de esa Ciudad, atendiendo a lo mucho que ella y esa Provincia necesitan de que haya esta Universidad donde haya estudios generales, representó todo lo que en orden a ello se le ofrecía, proponiendo el número de Cátedras, de que se había de componer, y la forma en que se habían de proveer y los salarios que se habían de señalar a los Catedráticos y oficiales precisos de la Universidad, y que estando en este estado la materia se vieron en dicho mi Consejo, los papeles referidos con las cartas que se recibieron de esa ciudad y de otras comunidades y sujetos y lo que sobre todo pidió mi Fiscal y por cédula de doce de Septiembre de mil y seiscientos y sesenta y cinco, se mandó a esa Audiencia y Obispo de esa ciudad, informasen sobre esta fundación y qué renta estaba pronta para ella, y de las Cátedras que pretenden restablecer, cuántas se podrán señalar y de qué facultad y qué estipendio había de llevar cada uno de los catedráticos, en cuya virtud informasteis en carta de ocho de Marzo de mil y seiscientos y sesenta y siete que todo ese reino tendría gran conveniencia en que se funde la Universidad en esa ciudad, pues cede en mayor lustre y estimación suya y que el capital que hay para

ella consta de veinte y seis mil cuatrocientos setenta y dos pesos y quatro reales, procedidos de los veinte mil pesos que para este efecto dejó el dicho Pedro Crespo Suárez, los cuales están prontos y efectivos, y de ellos se pagan de réditos en cada un año dos mil trescientos y noventa y seis tostones y dos reales, por estar puesto a renta el principal que le corresponde, sin entrar en esta cuenta setecientos y cuarenta y dos pesos y veinte y cinco maravedis en que fue alcanzado en el que corría con la administración de ellos y que el Colegio de Santo Tomás de Aquino, que fundó el Obispo don Francisco Marroquín, tiene así mismo de renta en cada un año pronta y segura mil ochocientos y cincuenta tostones y dos reales, sin un alcance considerable que se hizo al administrador de ellos, en cuya cobranza se estaba entendiendo, y que os parecía se erigiesen las Cátedras que referis, con los estipendios que señaláis a cada una, y los salarios para vedel, secretario y otros oficiales que ha de tener la Universidad, que todo importaba cuatro mil setecientos y cincuenta pesos al año, y que en tiempos pasados se procuró que los bienes del Obispo Marroquín, se agregasen con los de la Universidad para su fundación, y por autos de vista y revista dados en contradictorio juicio, por los del dicho mi Consejo, en doce de abril de mil seiscientos y veinte y siete, y diez y siete de Mayo de mil y seiscientos y veinte y ocho, se determinó se guardase la voluntad del testador y que se fundase el Colegio que tenía dispuesto y porque conforme a su voluntad, había de haber en él dos Cátedras, decís podrán muy bien servir para ambos efectos y que también constaba que Sancho de Varaona y doña Ysabel de Loaiza, su mujer fundaron otra Cátedra para que se agregase a las del Colegio y se leyese Escritura o cualquiera doctrina de Santo Tomás, con dotación de cien ducados, situados en un Mayorazgo que fundaron en estos Reynos, según parecía de un traslado auténtico de la escritura, que remitiades y que conociendo el Presidente de esa Audiencia, que el capital referido no es suficiente para las Cátedras que proponéis, y atendiendo solo a la causa pública y a que florezca más en esas provincias la virtud, letras y ciencia de sus naturales, tan necesaria para la buena administración de las Iglesias y edificación de la juventud, estaba con deseo de aplicar (si yo le daba licencia para ello) de las encomiendas que fuesen vacando la concurrente cantidad para esta obra considerando que los estipendios de esta Universidad, han de recaer en los hijos beneméritos de Españoles que viven en ese Reyno, que llegaren a tener Cátedras en ella, para que por falta de medios no se deje de tomar resolución en materia que es tan del servicio de Dios y mio, y por conocerlo así vosotros, me suplicáis sea servido de conceder la licencia que se pide para esta fundación: y habiéndose vuelto a ver en mi Consejo Real de las Yndias, todos los papeles tocantes a esta materia y el informe que hizo mi Audiencia de México, en nueve de Julio de mil y seiscientos y setenta y uno, y lo que en él representó el mismo año por dos memoriales el Procurador General de las Provincias de Yndias de la Compañía de Jesús de esta Corte, con lo de conceder (como por la presente concedo) la licencia que pide esa ciudad que con vista de ello, pidió mi Fiscal y consultándoseme he tenido por bien

de Santiago de Guatemala, para que se funde la dicha Universidad en el Colegio de Santo Tomás de Aquino, que en ella está edificado, aplicándole (como por la presente aplico) dicha casa, Colegio a la dicha Universidad, juntamente con la dotación que dicho Obispo don Francisco Marroquín, hizo para sustento del Colegio, que dejó dispuesto se formase y así mismo la manda que para este efecto hizo Pedro Crespo Suárez, con calidad expresa que ha de ser Patronato Real la dicha Universidad y ponerse desde luego en ella mis Armas Reales, como me toca y está concedido por diferentes Breves y Bulas de la Santa Sede Apostólica, en cuya forma concedo la fundación y no de otra manera y es mi voluntad que por ahora mientras no haya mas renta que la referida, para la dotación de las Cátedras y salarios de Ministros de la Universidad, no haya más que una Cátedra de Teología Escolástica y otra de Teología Moral, conceda una con doscientos y cincuenta pesos de salario al año, y una de Cánones y otra de Leyes, y que cada una tenga quinientos pesos y una de Medicina con cuatrocientos pesos y dos de Artes con salario de doscientos pesos, y dos de Lengua con doscientos pesos, y son siete Cátedras con los salarios que les van señalados y que así mismo haya un vedel, Secretario y otros oficiales entre los cuales se repartan cuatrocientos pesos al año, que todo importa dos mil y setecientos pesos, como lo proponéis vosotros y el Obispo de esa Ciudad en vuestros informes de veinte y cinco de Octubre de mil y seiscientos y cincuenta y nueve y ocho de Marzo de mil y seiscientos y sesenta y siete, y también he resuelto que para la dotación de las dichas Cátedras y oficiales se apliquen (como por la presente aplico desde luego) los mil ochocientos y cincuenta tostones y dos reales de renta al año que dejó para este efecto el dicho Obispo don Francisco Marroquín, y lo que se cobrare del alcanzase que decis se hizo al administrador de ellos y los dos mil trescientos y noventa y seis tostones y dos reales que se pagan de réditos cada año, de los veinte y seis mil cuatrocientos setenta y dos pesos y cuatro reales, que para la fundación de la dicha Universidad dejó Pedro Crespo Suárez, y los setecientos y cuarenta y dos pesos y veinte y cinco maravedis, en que fue alcanzada la persona que corrió con su administración y los cien ducados de renta que dejaron Sancho de Varona y doña Ysabel de Loaysa, su mujer, que todo importa dos mil docientos y sesenta y un pesos de renta, los cuales están prontos, seguros y efectivos como avisais en vuestro informe y mando a vos el Presidente, que los cuatrocientos y treinta y nueve pesos, que faltan a cumplimiento de los dos mil y setecientos pesos, que son menester según la dotación de las Cátedras que va hecha, y de los Ministros que ha de tener la Universidad, los suplais imponiéndolos de pensiones en las encomiendas de yndios que fueren vacando en esas Provincias de Guatemala, al tiempo que las proveyeredes de nuevo, y os encargo mucho cargueis en ello dichos cuatrocientos y treinta y nueve pesos, de forma que sean efectivos y con la mayor brevedad que os fuere posible y en esta conformidad, dareis vos y esa Audiencia las órdenes necesarias para que se haga luego la fundación de la dicha Universidad, en dicho

Colegio de Santo Tomás de Aquino, y que al mismo tiempo se ponga en ella mis Armas Reales, como va referido, disponiendo de que se vayan instituyendo con toda brevedad las siete Cátedras que ha de haber en ella, las cuales se han de proveer en los opositores que leyeren a ellas y se hallaren ser los más idóneos y capaces para cada facultad, según y como se practica en las de México y Lima, y que así mismo se provean los oficios de Vedel, Secretario y demas oficiales que ha de haber en la Universidad, en personas capaces y inteligentes y de buenas costumbres y a los unos y a los otros, se les paguen los salarios que les van señalados con toda puntualidad para que se puedan mantener y cumplir mejor con sus obligaciones, y del recibo de este despacho y de lo que en su virtud executaredes, y del estado que fuere tomando todo lo en él contenido, me ireis dando cuenta en las ocasiones que se ofrecieren, por lo mucho que deseo que todas esas Provincias, reciban y tengan el consuelo y alivio que de la fundación de esta Universidad se ha de seguir a sus vecinos y naturales que en ello me servireis. Fecha en Madrid a treinta y uno de Enero de mil y seiscientos y setenta y seis años. Yo el Rey.

Dos elementos contribuyeron más eficazmente a dar un mayor impulso a las Universidades americanas: la mayor población y los mayores recursos temporales: un alumnado adecuado que fuera acicate para el profesor y una retribución también adecuada que permitiera al profesor consagrarse plenamente a su cátedra. Algunas Universidades como las de Lima, Méjico, Guamanga, Chuquisaca, Puebla de los Angeles, gozaron de rentas cuantiosas, mientras otras, como las de Santo Domingo, Córdoba, Concepción, Panamá, sólo tuvieron con qué sostener la cabeza sobre el agua, y algunas llegaron a ahogarse. San Marcos de Lima contó con un fondo principal de 14.906 pesos y dos reales, como se expresaba un cronista del siglo XVIII, y comprendía la contribución de 8.000 pesos por parte de la Iglesia Metropolitana, 1.000 que había prometido dar la Catedral de Trujillo, 346 con 6 reales que dio la Iglesia del Cuzco, 2.000 de la Catedral de Quito, 625 de la de La Paz, otros 2.000 de la de Charcas, 468 de la de Guamanga, sin contar otras entradas y cuantiosas donaciones.

El Capitán de Fuentes y Guzmán, en su *Recordación Florida*, pondera los méritos del obispo Francisco Marroquín, fundador de la Universidad de Guatemala, y nos dice que los crecidos legados que dejó a ese fin, crecieron hasta el año de su erección “*al maravilloso cálculo de 173.000 pesos*”, cantidad exorbitante, incomparablemente superior a la que tuvo Universidad alguna en América ²¹.

Pero hubo otras que carecieron de dote. Hablando de la Universidad de San Jerónimo de Habana, fundada en 1728, escribía en 1762 Arrate ²² que *aunque no tiene hasta ahora dotación ni congrua alguna, se leen y asisten con esmero y aplicación, siendo muy frecuentes las conferencias, actos*

²¹ *Recordación Florida*, 145.

²² Arrate, 141. Cf. Bibliografía.

y quodlibetos...” La Universidad de Córdoba contó con escasísimas rentas, y si su cuerpo profesoral no estuviera constituido por religiosos de la Compañía de Jesús, no habría podido sobrevivir. Las varias estancias, aunque bien administradas, poco podían dar, fuera del trigo, carne, verduras y frutas para el consumo doméstico. Hasta mediados del siglo XVIII no hubo para esta Universidad argentina y para todo el país sino dos ponderables fuentes de recursos: una producida en las Reducciones de Guaraníes, o sea la venta de la yerba mate y otra que enriquecía las provincias del centro y norte, y era la cría y exportación de mulas a Potosí. Estas constituyeron la principal, y podría decirse que la única entrada firme con que contó la Universidad de Córdoba desde 1622, año en que se fundó, hasta 1767, año en que los Jesuitas la abandonaron. Si no se crearon otras cátedras, entre ellas las de Derecho y hasta tal vez la de Medicina, en que parece se pensó, fue debido a la falta de recursos para retribuir a los catedráticos que, en esos casos, no podrían ser Jesuitas.

Fueran pobres o ricas las Universidades, cierto es que la gratuidad en la enseñanza universitaria fue general, aunque para recibir el grado habían los beneficiados que abonar una cierta suma. Por el artículo 36 de las primeras Constituciones de la Universidad de Córdoba, ni esas erogaciones eran permitidas. En las Constituciones posteriores que corresponden a 1663, el Padre Andrés de Rada introdujo la costumbre generalizada ya, de exigir ciertas cantidades, llamadas propinas. En 1741 por considerar que las exigidas eran excesivas, se rebajaron considerablemente.

Dirigiéndose a la Universidad de Caracas, dispuso el Rey por Real Oficio del 24 de Agosto de 1788 que fueran gratuitos los grados en cualquier Facultad, tratándose de alumnos pobres, en conformidad con la ley 6, título 7, libro 1, de la Recopilación, *sin poner en ellos [esto es, en los diplomas] cláusula que denote haberse dado a título de pobreza*²³.

A causa de la pobreza de la mayor parte de las Universidades de otra, se procuró que no hubiese competencia entre ellas, sobre todo si estaban varias en una misma ciudad o en ciudades muy cercanas, ya que esa competencia podría ser desastrosa para todas ellas. En vista de este peligro se dispuso que no podía fundarse una segunda Universidad, donde ya existía una, sino era a 200 millas, de la misma; si bien hubo en esto algunas excepciones, no pasaron de ser tales.

Así se evitó esa competencia peligrosa, pero se secundó toda competencia que pudiera ser un acicate para el progreso intelectual, y es sabido cómo las poderosas Universidades de Méjico y de Lima, únicas que contaban con rentas oficiales abundantísimas, se vieron acicateadas por colegios o instituciones de menor cuantía material, pero de mayor prestancia intelectual.

En 1575 escribíase al Rey que el Colegio, que en la ciudad de Méjico tenían los Jesuitas, daba cordelejo a la Universidad, ya que ésta “*en lo que*

²³ Carraciolo Parra, o. c. 258.

*toca a Teología y Artes está tan deslucida que no acuden a ella los estudiantes que las profesan, sino a cursar [o inscribirse] y graduarse, de lo que es causa el leer las dichas Facultades los Padres de la Compañía de Jesús en su casa, teniendo escuelas abiertas y públicas, con que están tan apoderados de los estudiantes en tanto grado que en la Universidad no hay actos ni conclusiones de dichas facultades, ni los maestros tienen estudiantes que los oigan, si no es por ganar curso”*²⁴.

Lo propio acaeció en Lima donde el Colegio Máximo de los Jesuitas llegó a oscurecer a la Universidad. Los estudiantes sabían dónde había buenos profesores y a ellos acudían para saber, no sin dejar de frecuentar las clases oficiales, por ser éste un requisito para poderse graduar. El virrey Toledo pidió a S. M. que “*fuese servido de mandar que, si los Padres de la Compañía de Jesús quisiesen leer, sea en la Universidad, señalándoles generales y horas para ello*”, con prohibición a los estudiantes de asistir a las clases de los Jesuitas. Como es sabido, resolvióse que las Humanidades estuviesen en el Colegio de los Jesuitas, incorporados al claustro, y las clases de Artes y de Teología se leyesen en ambos centros pero en horas distintas²⁵.

En Méjico, como diremos más largamente en otro lugar, la Universidad se vio precisada a hacer un arreglo con el Colegio de los Jesuitas, y fue beneficioso para unos y otros. En esa ciudad fue costumbre, desde los principios, que “*los filósofos [seculares], aunque oyeran nuestros maestros, acudieran todos los días por la mañana antes que a las propias aulas, a oír a los maestros de la Universidad como a la Alma Mater de todas las escuelas, ya para que los jóvenes se instruyeran mejor, ya para que, trabándose entre ellos amistades, menospreciaran, como cuentos de viejos, los chismes que podían correr sobre profesores de diversa doctrina, ya para que se avexasen al sol y al polvo, aprendiensen a conocerse y se deshicieran muchos prejuicios; de no hacerse así nacen, con gran detrimento de los estudios, odios de clases, casi siempre por triquiñuelas y pequeñeces. Allí todos oían un común maestro, y cada escuela, bajo su dirección, defendía alternativamente su propia doctrina*”.

Esto es de Maneiro, pero la cosa no era tan fácil y con tantas ventajas como él indica. Ciertamente es que en Filosofía no era tan expedito el defender alternativamente opiniones contrarias, y en Teología era imposible por las hondas diferencias de escuelas. Por otra parte los pleitos no aminoraron y la Universidad siguió quejándose de que los Jesuitas y Dominicos les despojabán las aulas; en vez de mejorar su enseñanza, pretendió la Universidad coartar la libertad de enseñanza, pero en aquellas épocas en que tan poco

²⁴ “El celo de los Universitarios arrancó a Felipe II, escribe Decorme, una Real Cédula, fecha en el Pardo a 2 de noviembre de 1576, que mandaba no se diesen grados algunos en el Colegio de la Compañía, y otra, aun más dura para que ninguno de los que estudiasen en dichos Colegios se les admitiesen los cursos sin matricularse en la Universidad y prestar obediencia al Rector”. *La obra de los Jesuitas mexicanos*, I, 137.

²⁵ Constantino Bayle, 35. Cita un documento del Archivo General de Indias, 87-6 8.

se hablaba de libertad, porque la había abundante, la Universidad perdió el pleito, ya que la Real Cédula de transacción del 9 de mayo de 1687, declaró válidos los cursos de Artes y de Teología que se hacían en los colegios de San Pedro y de San Pablo, como también los de San Ildefonso y los de los Dominicos en Oaxaca.

Es que ayer como hoy la enseñanza privada era, por lo general, superior a la oficial; en ésta con demasiada frecuencia estaba la bambolla, las pingües entradas, las influencias políticas; en aquella la simplicidad, la sinceridad y el amor desinteresado al saber. Bien hace notar esto aquel ingenioso viajero que, a principios del siglo XVII, recorrió la América hispana, y fue anotando todo lo cultural. Nos referimos a Antonio Vázquez de Espinosa. Al referirse a Lima exalta, como era justo, la labor de la Universidad de San Marcos, pero al referirse a la de los Padres Dominicos en Lima, escribe que tienen "*un colegio de estudiantes donde de veras se trata de las letras; tienen cátedras de Artes, Filosofía y Teología, como las demás religiones, todas tan florecientes en estudios, como en cualquiera insigne Universidad del mundo, con actos públicos de conclusiones, a que concurren alternativamente todos*" ²⁶.

Hasta un hombre que no simpatizó mayormente con la Iglesia y con la actuación de la misma en el Río de la Plata, vióse no obstante, constreñido a decir que en lo tocante a la enseñanza "*la Iglesia brilla en primera fila, porque el hecho histórico es que a las Ordenes religiosas se debió, durante la primera época principalmente, la enseñanza de todo orden, como a los frailes se debieron las obras más importantes de todo género que sobre los nuevos países americanos se escribieron. Sin la Iglesia, sin el clero secular y regular, sin las Ordenes religiosas sobre todo, la colonización americana se habría desenvuelto en una barbarie intelectual sin nombre: a los misioneros, a los frailes y a los prelados se debió la cultura intelectual de las colonias*" ²⁷.

Otro punto que conviene anotar aquí es la significación social y la índole popular y democrática de todas las Universidades americanas, no estatales. Estas, gracias a los cuantiosos recursos con que contaban, eran la excepción, pero eran solo dos contra treinta.

7. — La existencia de una Universidad era una gloria de que se envanecían los pueblos y a la que cooperaban todos los vecinos, cada uno según sus fuerzas. No era una oficina más en la gran máquina burocrática. Instalación, fiestas culturales, actos públicos, etc., repercutían amplia y hondamente en la masa del pueblo. Es el ya citado doctor Carraciolo Parra quien nos ofrece, tomándolo de un documento de la época, la forma cómo se instaló la Universidad de Caracas: *El día 11 de agosto de 1725, a eso de las diez de*

²⁶ Real Cédula del 16 de Abril de 1579.

²⁷ Andrés Lamas, no obstante su inquina a todo lo católico, vióse constreñido a hacer análogas declaraciones.

la mañana, concurrió a la Iglesia del Colegio-Seminario de Santa Rosa, el Sr. Obispo, el Deán y Cabildo Eclesiástico, los Curas Rectores y Tenientes de las Parroquias, el Comisario del Santo Oficio, las Comunidades religiosas, muchos eclesiásticos, los colegiales y gente principal de los Caballeros y hombres buenos, y leído la Real Cédula y el Breve pontificio, el Sr. Obispo tomó de la mano al Dr. Francisco Martínez de Porras, para darle posesión del rectorado de la Universidad sentándolo en una silla que, para el efecto, estaba prevenido en dicha Iglesia y el Susodicho la tomó a vista de todos, quieto y pacíficamente, sin oposición, ni contradicción, en que lo dejó metido para que usara y ejerciera el dicho oficio de Rector de dicha Universidad..

Incontinenti se entonó el Te Deum Laudamus por los músicos de la capilla de la Santa Iglesia Catedral, a cuyo tiempo se disparó mucha invención de fuegos que en la Plaza mayor estaban prevenidos, repicándose, al mismo tiempo, así todas las campanas de dicha Santa Iglesia, como todas las demás de las Iglesias y conventos, como también las del Real Colegio... Lo más del común de la ciudad estaba en la Plaza, en donde también se estuvieron tocando muchos instrumentos de clarines y chirimías en demostración de alegría ²⁸.

Ni se crea que estas afectividades carecían de efectividades, esto es, de sacrificios por parte de los que así se empeñaban en poseer un centro de alta cultura, y supera toda ponderación y llega a conmover el ánimo más estoico lo que hicieron los asunceños en 1760, cuando los jesuitas dieron los primeros pasos para abrir una Universidad en la Capital del Paraguay. La pobreza era grande, pero la generosidad fue mayor.

La idea de poseer una Universidad llegó a conmover tan sensiblemente a todo el pueblo paraguayo, que no quedó un ciudadano que no ofreciera su generosa oblación, a ese fin. En la historia cultural americana pesa incommensurablemente más este hecho que si, *de facto*, se hubiese llegado a crear una Universidad y aun varias Universidades. Estas probarían la alta cultura en una élite; pero aquella eclosión popular demuestra el profundo sentido de la cultura que había en la masa toda.

Contribución de los vecinos de esta ciudad y de la Provincia para la fundación del Colegio Convictorio de Estudios en esta ciudad, 1757, es el título del documento que, sólo en parte, ha llegado hasta nosotros y, sólo en parte, se ha llegado a publicar. Encabeza la suscripción:

El Sr. Gobernador y Capitán General de esta Provincia, Jaime San Just, quien ofreció 1.000 pesos; el General Juan Antonio de Zavala, ofreció 500; el Fiel Ejecutor, Javier Benites, ofreció 6 pesos; el señor 24, don Nicolás de Uriarte, 40 pesos; el Mayordomo de la Ciudad, Juan Romero, 15 pesos; Ignacio Gayoso, 50 pesos; Juan Miguel Zugasti, 100 pesos; Blas de Nosedá, 50 pesos; Francisco Javier Rojas, 100 pesos; Domingo De Flecha, 15 pesos; don Luis Rodrigo Baldoninos, 30 pesos; Ignacio Fernández, 20 pesos;

²⁸ Carraciolo Parra, o. c., 47.

Santiago Franco, 60 pesos; Inocencio de Vieyra, 12 pesos; Domingo Araujo, 60 pesos; José de la Peña, 100 pesos; Ana de la Peña, 300 pesos; el sargento mayor don Plácido de Rodas, 30 pesos; el Capitán Roque Chavez, 20 pesos; pesos; Juan José Barbosa, 20 pesos; Juan Caballero, 100 pesos; Diego de León, 30 pesos; José del Casal y Sanabria, 100 pesos; Lucas de Ariz, 60 pesos; José de la Peña, 100 pesos; Ana de la Peña, 300 pesos; Plácido de Rodas, 30 pesos; el Teniente Bernardino Medina, 4 pesos; el Teniente Agustín de Cáceres, 6 pesos; Juana Palacio, viuda de Luis Molinos, 4 pesos; el Capitán Felipe Chaparro, 100 pesos; el Capitán Roque Pérez, 4 pesos; el Teniente Juan Ramírez, 8 pesos; el Capitán Ramón de Aquino, 8 pesos; Bartolomé Colman, 4 pesos, etc., etc.

A estas cantidades entregadas en efectivo, hay que agregar las que se entregaron en especies:

Juan Blasquez de Valverde, un tercio de yerba; Fulgencio de Yegros, 15 arrobas de yerba y 5 reses; Juan Bautista Achard, 20 vacas; Juan Bautista de Goiri, un tercio de yerba regular; Antonio Caballero, 20 vacas; Fernando Galbán, 7 arrobas y media de yerba; José Cañete, 12 reses; Bernardo de Córdoba, 1 tercio de yerba; Lucas Diaz de Cáceres, 100 pesos en hacienda; Nicolás Gómez, 50 pesos en yerba; José Delgado, 2.000 arrobas de yerba; Francisco Moreno, 20 vacas; María Moreno, 20 cabezas de ganado; Cristóbal Domínguez, 200 pesos en hacienda; Carlos de Lara, 20 pesos en hacienda; Feliciano de Otazú, 6 pesos en hacienda; Juan Corso, 1 tercio de yerba; Inocencio de Vieira, 12 pesos en tabaco; José López, 3 vacas; Antonio Cayetano de la Cruz, 1 tercio de yerba; Juan de Basaldúa, 1 tercio de yerba; Juan B. Zagarda, 1 tercio de yerba; Nicolás Pérez Grande, 1 tercio de yerba; Antonio Caballero, 100 pesos en hacienda; José Pereyra, 1 tercio de yerba; Justo Castro de Miranda, 1 tercio de yerba; Pedro Castiñeranes, 1 tercio de yerba; Juan Ibáñez, 1 tercio de yerba; Diego Laborda, 1 tercio de yerba; Antonio Frins, 1 tercio de yerba; Pedro de Miranda, 1 tercio de yerba; Rafael Cuello, 1 tercio de yerba; José de Herze, 1 cuarto de yerba; José Francisco de Torres, 15 pesos en yerba; Bernardo Gavilán, 15 pesos en yerba; Bernardo Franco, 14 pesos en yerba; Juan Antonio Chaparro, 7 pesos en yerba; Juan Benegas, 8 pesos en azúcar; Lorenzo Domínguez, 4 pesos en tabaco; Cayetano Villamil, 8 pesos en tabaco; Martín Rolón, 4 pesos en tabaco; Jacinto Franco, 12 pesos en yerba; José Alonso, media arroba de tabaco; Martín Balbuena, 4 pesos en tabaco; Lucas de Añasco, 100 pesos en hacienda; Ventura López, 4 pesos en tabaco; Felipe de Escobar, 4 pesos en tabaco, etc., etc.²⁹

Cuando los pueblos así se desvivían con el fin de tener a mano una Universidad en la que sus hijos pudieran graduarse, no era ciertamente su intento, como indica La Fuente³⁰, y han repetido otros historiadores, de que

²⁹ G. Furlong, *Antecedentes de la Universidad de la Asunción*, en *Pulso*, revista del Centro de estudiantes paraguayos, Buenos Aires 1951, n. 7, pp. 1-3.

³⁰ Vicente La Fuente, *Historia de las Universidades Españolas*, III, 333.

hubiese clérigos suficientes para atender a lo espiritual, de donde se seguiría que esas Universidades eran primordialmente, cuando no exclusivamente, profesionales y sociales, no propiamente científicas y de investigación.

Esa es la índole dominante hoy día en las Universidades existentes en las Repúblicas de Sud y Centro América, pero no era la que otrora prevaleció, aunque es verdad que se tuvo muy en cuenta la formación de un clero culto y bien capacitado para sus funciones específicas. Así cuando se trató de erigir la Universidad en Santa Fe, manifestaba la Audiencia al Soberano: "*Que el haber Universidad es conveniente y aun necesario en esta República y Reyno, porque los hijos dél tengan a donde aprender las letras y virtud con que se hagan capaces de tener doctrinas teniendo ciencia para instruir y enseñar a los naturales el camino de la salvación de lo cual hay gravísima falta*". Paulo V se movió a conceder la facultad de conferir los grados a Dominicos y Jesuitas, "*porque hay en aquellas regiones una gran falta de varones que hayan estudiado la Lógica, la Filosofía y la Teología con el fin de predicar la palabra de Dios y de administrar los Sacramentos*"³¹. Y lo mismo aseguraba Urbano VIII en la parte expositiva del breve *Alias felicit* del 7 de enero de 1627.

Era sin duda ésta una de las causales, sobre todo en los primeros tiempos de la colonización, pero no la única y a nuestro ver ni la más poderosa, ya que para satisfacer esas necesidades habrían bastado los seminarios. Había otras, incluso lo propio y primario de toda Universidad: la investigación científica. Las ciudades deseosas de tener una en su seno invocaban siempre la de que habría así abundantes clérigos para atender los intereses espirituales de las gentes, porque sabían cuán fuerte argumento era ése ante los Reyes deseosos por su parte de descargar su conciencia, como solía decirse, esto es, de aligerar su responsabilidad en la conversión de los naturales.

Se explica, pues, como escribe Salazar, que de toda esta constelación universitaria corresponde principalmente a la Iglesia, que actuó, por medio del desprendimiento de sus prelados y de la abnegación de sus religiosos, sin que se niegue, por ésto, a los Monarcas y a la Corte en general cuánto contribuyeron a solidar las instituciones académicas americanas. Ha dicho muy bien Carlos Pereyra, refiriéndose al Virreinato neogranadino que "*aun cuando la obra educativa corrió principalmente a cargo de la Iglesia, el Gobierno, como tal, tuvo siempre un programa de mejoramiento moral, ejecutado con más o menos competencia. Las funciones docentes eran desempeñadas principalmente por los religiosos. El episcopado iniciaba las fundaciones. El gobierno acudía para darles cohesión o extenderlas*"³².

Opina Salazar que los Reyes de España, en conformidad con las ideas cesaristas y absolutistas que fueron penetrando en la Península, pretendieron acaparar la dirección de las Universidades y para ello se empeñaron en

³¹ Salazar, o. c. 484.

³² *Historia de América*, VI, 163.

desalojar la intervención pontificia en las mismas. A este fin, Felipe II procuró que el Papa le transfiriera todos o casi todos sus poderes en este punto. Su césaropapismo le llevaba hasta la prentensión de obtener el poder de otorgar validez universal, y no tan solo nacional, a los títulos expedidos en las Universidades españolas, aun cuando no eran pontificias.

En su empeño de traer las Universidades a su órbita, alejándolas lo más posible de la pontificia, algo obtuvieron los Reyes de España, Felipe III y Felipe IV, aunque por medios indirectos, agrega Salazar, esto es, por los privilegios que, a solicitud de esos Monarcas, concedió Paulo V a la Orden de Predicadores y Gregorio XV a la Compañía de Jesús, privilegios que fueron un elemento expansivo de la vida universitaria en América y que explican la institución de gran parte de los centros académicos. Por esta razón, y para que de una vez por todas queden desvanecidas ciertas inexactitudes que sobre tales privilegios se han escrito, expone Salazar su génesis, valiéndose de los documentos que se guardan en el Archivo Vaticano y en el de la Embajada española en Roma.

Corresponde al Nuevo Reino de Granada la iniciativa para conseguir los importantes breves de Paulo V y de Gregorio XV. Desde el segundo lustro del siglo XVII pugnaban duramente allí por la existencia y la superación el Colegio de Santo Tomás, de los Padres Dominicos, y el de S. Bartolomé, de los Padres Jesuitas. Los primeros trabajaban por conquistar el pase a una bula de Paulo V en que se confirmaba otra de Gregorio XII y se transfería al Colegio, fundado por Gaspar Núñez, la Universidad que el último Papa mencionado había erigido en el Convento del Rosario. Los Jesuitas, por su parte, ante la renuncia de la Corte para erigir o permitir que se erigiera Estudio General en Santa Fe, resolvieron sondear menos profundamente el ánimo de S. M., solicitándole, no ya Universidad, sino tan sólo la mera facultad de conferir grados. Para tal efecto escribió al Rey, desde Santa Fe, el Padre Francisco de Victoria, reforzando sus preces con cartas comendaticias del Arzobispo y de la Audiencia³³.

Nada por entonces resolvió S. M.; pero el 25 de junio de 1616, tres años después de fechada la carta del Padre Victoria, el Consejo urgía al Soberano para que decidiera el asunto y evacuara la solicitud, y respondió Felipe III:

Está bien lo que parece, y vea el Consejo si será justo conceder a la otra Orden de Santo Domingo para su Colegio de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada la misma facultad que se concede a los de la Compañía, pues se les denegó lo que pretendían de que fuese Universidad.

De lo dicho aparece muy claro que la iniciativa de conseguir los privilegios de graduar provino de los Jesuitas del Nuevo Reino, y que de S. M. en persona partió la de favorecer a los Dominicos y promover la igualdad

³³ Salazar, o. c. 37. Todo lo que aquí consignamos respecto a los privilegios universitarios otorgados a los jesuitas y dominicos lo tomamos de la obra de Salazar, tan erudita en este punto, como en todos los puntos por él estudiados.

entre ambas Corporaciones, a fin de que se evitaran las discordias, tan difíciles de conjurar por otros medios.

El año de 1617, para llevar a la práctica sus intenciones, dirigió el Rey a su Embajador en Roma, el Cardenal Borja y de Velasco, dos cartas: la una, fechada el 13 de abril, a favor de la Compañía de Jesús; la otra, el 18 de diciembre, en pro de la Orden de Predicadores. Posteriormente habla S. M. de una tercera, escrita el 12 de junio de 1618, para interponer su valimiento de nuevo en favor de la Compañía.

La petición a favor de los Padres de la Orden de Santo Domingo era más restringida, ya que eran menos en número los lugares a que se extendía, y nada dice al Rey sobre equiparar los cursos y grados a los de las Universidades de España. Bien compendia lo dicho el fragmento que a continuación reproducimos.

El texto íntegro de la primera de dichas cartas es el siguiente:

Don Felipe por la gracia de Dios Rey de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalén y de las Indias, etc. Muy Rdo. en Cristo Padre Cardenal de Borja y de Velasco, mi muy caro y amado amigo: porque he entendido que los vecinos de algunas ciudades distantes de las dos de los Reyes y México de mis Indias Occidentales, donde hay Universidades, no pueden con comodidad enviar a ellas sus hijos para que estudien las facultades de Artes y Teología y conviene al servicio de Dios y mio y bien de las almas de aquellos naturales animarlos a que lo hagan para que estudiando las dichas facultades se habiliten y hagan capaces y haya hombres doctos en ella para la predicación del Santo Evangelio y administración de los Sacramentos, os ruego y encargo que de mi parte supliquéis a Su Santidad tenga por bien de conceder a los Colegios de la Compañía de Jesús, de las Islas Filipinas, provincias de Chile, Tucumán, Río de la Plata, y Nuevo Reino de Granada y las demás partes de las Indias, donde no hubiere Universidad, que por el discurso de tiempo que me pareciere convenir: Que los estudiantes que oyeren las dichas facultades ganen cursos en las lecciones de ellas para que en cualquiera de las dichas Universidades de Lima y México y las demás de España, puedan ser graduados de bachilleres, licenciados, maestros y doctores. Y así mismo para que en los Colegios de la Compañía de las dichas Provincias de Filipinas, Chile, Tucumán, Río de la Plata, Nuevo Reino de Granada y las demás que por el discurso del tiempo me pareciere convenir, con examen y aprobación del Rector y maestros de los dichos Colegios de la Compañía donde hubieren cursado y precedido los actos literarios que en las Universidades se acostumbra, les den los dichos grados de Bachilleres, Licenciados, Maestros y Doctores en las mismas facultades los Arzobispos y Obispos y sus Cabildos en sede vacante, por sí o por sus Vicarios que para ello nombraren. Y procuraréis la breve expedición de las Bulas, y sea muy

*Rdo. en Cristo Padre Cardenal nuestro Señor en una continua guarda y protección. De Madrid, a 13 de abril de 1617 años. Yo el Rey. Pedro de Ledesma*³⁴.

La petición para la Orden de Predicadores era más restringida, pues los lugares a que se refiere eran menos; el Rey no indica tiempo y nada menciona de equiparar los cursos y los grados a los de las Universidades de España. Todo esto puede observarse en el fragmento que transcribimos:

“Os ruego y encargo que de mi parte supliquéis a Su Santidad tenga por bien de conceder a los Conventos y Colegios de la Religión de Santo Domingo de las dichas dos ciudades de Santiago de Chile y de Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada y que los estudiantes que oyeren en ellos las dichas facultades de Artes y Teología ganen cursos para que con examen y aprobación de los Superiores y Maestros de la dicha Religión de Sto. Domingo y precediendo los actos literarios que en las Universidades se acostumbran, les den los grados de Bachilleres, Licenciados, Maestros y Doctores el Arzobispo y Obispo de las dichas ciudades y sus Cabildos en sede vacante por sí o por sus vicarios que para ello nombraren. Y procuraréis la breve expedición de las Bulas...”

El Ministro de S. M. C. presentó simultáneamente las preces ante S. S., y, aunque en folios diversos, con las mismas palabras. Se pidieron, pues, para los Dominicos favores idénticos a los que se solicitaban para la Compañía; esto es, que los que estudiaran en sus Colegios, sitios en cualquiera parte de las Indias, pudieran graduarse.

El Papa sometió las preces del Rey al estudio y consideración de la Sagrada Congregación del Concilio, y el 8 de enero de 1619 se dio el decreto para la expedición del primer Breve, en la forma siguiente:

Nuestro Santísimo señor Paulo V, de acuerdo con el parecer de la Sagrada Congregación intérprete del Concilio de Trento, benignamente ha otorgado a los arzobispos y obispos de las Indias Occidentales, y en caso de sede vacante, a los capítulos de las Iglesias Catedrales, para que puedan válidamente dar los títulos de Bachiller, Licenciado, Maestro y Doctor a cuantos durante cinco años hubiesen estudiado en los Colegios formados por Padres de la Compañía de Jesús, con tal que disten por lo menos 200 leguas de las públicas Universidades. Esto ha de ser habiendo precedido todo aquello que se hace en las tales Universidades generales, para obtener los tales grados, y hayan obtenido la aprobación del Rector y del Maestre-Escuela. Esta concesión es solo para diez años, al cabo de los cuales deja de tener validez, y los tales títulos no son válidos fuera de las Indias Occidentales.

Digamos, antes de comentar este decreto, que el mismo texto fue extendido a favor de los Padres de la Orden de Predicadores (Patrum Sti.

³⁴ Antonio Astrain escribe: “No sin pena entramos en la materia desagradable de este capítulo. Nos parece tan estéril e inútil el pleito que surgió entre dominicos y jesuitas sobre las Universidades autónomas, que de buena gana lo hubiéramos relegado al olvido...”

Dominici), y el 11 de marzo del siguiente año, se extendió el Breve *Carissimi in Christo*, en un modo conforme al anterior Decreto, igual para los Dominicos y Jesuítas, cosa que los autores no mencionan, pensando que si los Jesuítas impetraron luego la gracia de Gregorio XV, lo hicieron movidos por la que sus émulos habían conseguido ya. Muy de diversa manera pasaron las cosas, según veremos.

Dejando a un lado las divergencias entre lo que se pedía para los Dominicos y lo que se solicitaba para los Jesuítas, repárese en las diferencias entre las súplicas presentadas a S. S. y el Breve *Carissimi in Christo*, diferencias que resultaban bastante notables: 1º El Rey suplica: Que por el tiempo que a él le pareciere, se otorgue la facultad de graduar. 2º En los Colegios de Jesuítas y Dominicos, etc., y en las demás partes de las Indias. 3º Que los grados y cursos valgan como si hubieran sido concedidos por cualquiera Universidad de España o de las Indias. 4º No se fijan los años de estudio que se requieren como necesarios. 5º Pídesese que confieran los grados al Arzobispo u Obispo, o sus Vicarios Generales.

Era esto lo que pedía el Rey, pero no en la forma y amplitud con que lo pedía. Contra el César-papismo, que en España iba tomando auge, el Papa no quería que se le escapara de las manos la jurisdicción universal que había ejercido hasta entonces sobre las Universidades, por más que la Santa Sede se había desprendido de tantos derechos, aun en lo eclesiástico, como había otorgado a los Reyes de España, y que constituyeron el famoso Patronato, por mérito del cual esos monarcas llegaron a considerarse vicarios de los Pontífices Romanos.

Descontento quedó S. M. con la limitada concesión, ya que no respondía a su amplísima solicitud, y, no sabemos si *motu proprio*, o a instancias de los Jesuítas, lo cierto es que el 24 de agosto de 1619, nuevamente se dirigió el Rey a su Embajador en la Corte Romana, y después de recordarle sus pasadas súplicas, encargaba, en orden a la consecución de un segundo breve:

*"Y porque en el Breve, que para el dicho efecto se expidió, vienen algunas limitaciones diferentes de las que se pidieron, y se mandó volver a enviar, y ruego y encargo supliquéis de mi parte a su Paternidad Ssma., tenga por bien de le mandar despachar en la forma que se pidió, en cuanto a la calidad y generalidad de los cursos y grados, y que en cuanto a la duración del tiempo de esta gracia y lugares en que se hubiere de usar de ella, venga reservado a mi voluntad para que se use de él cuándo, adónde y cómo más convenga al bien universal de aquellas Provincias..."*³⁵.

8. — Regía la nave de la Iglesia, por muerte de Paulo V., el Papa Gregorio XV, quien profesaba particular afecto a la Compañía de Jesús, y este Pontífice amplificó un tanto el breve de su antecesor, sobre todo dando a los

³⁵ Archivo de la Embajada de España en Roma. Leg. 114, fol. 120, citado por Salazar.

grados valor universal, y a los cursos el que tenían en las Universidades Generales de las Indias. Sobre el tiempo, cosa que tanto interesaba a S. M. y sobre la cual tanto insistía, no estamos en condiciones de asegurar nada definitivo. En las copias que de ordinario corren, e inclusive en el traslado hecho por orden del Consejo de Indias, la gracia se limita por el tiempo de diez años ³⁶. Pero en el Bulario Romano Taurinense, donde se advierte que la copia está tomada de la Secretaria de Breves, aparece sin limitación alguna ³⁷. El Breve comienza "*In supereminenti*", y tiene por fecha el 8 de julio o de agosto de 1621.

No otorgó S. M. el pase a los breves en el orden mismo en que fueron concedidos por la Sede Apostólica; ni le tocó impartirlo a D. Felipe III, sino a D. Felipe IV, su hijo.

El Breve "*In supereminenti*", a favor de la Compañía de Jesús fue reconocido y pasado por el Consejo el 12 de noviembre de 1621, y el 2 de febrero del año siguiente de 1622 dio S. M. la Real Cédula para que los Arzobispos y Obispos de las Indias le dieran ejecución.

Al breve *Charissimi en Christo* de Paulo V, expedido para ambas Comunidades sin distinción de Provincias, con tal que el lugar del Colegio distara doscientas millas de Universidad pública, dió S. M. la aprobación en 1624 para que la Orden de Predicadores usara de él y se le diera cumplimiento; pero solamente "*en los Colegios que la dicha Orden tiene en el Nuevo Reino de Granada, y las Islas Filipinas, y Provincias de Chile, y no en otras partes de las dichas mis Indias*" ³⁸.

9. — Expuestas estas líneas sobre la fundación y carácter de las Universidades americanas, veamos cuál fue su organización interna y su técnica pedagógica, o funcionamiento. En casi todas las americanas, a la par de las españolas, prevalecían los mismos principios y procedimientos, de acuerdo a sus constituciones, y sabemos que las de Méjico y Lima estaban basadas en las de Salamanca, la de Santa Fe de Bogotá en las de Lima y Méjico, la de Santo Domingo en las de Alcalá de Henares. Las de Lima fueron las que mayor influencia tuvieron en la formación de las Constituciones de las diversas Universidades americanas. Al principio, cuando la Universidad de Méjico

³⁶ Zamora, *Historia de la Provincia de San Antonio*, 424. El texto latino del Breve dirigido a los Jesuitas decía así: "Ssmus. D. Noster Paulus V Sacra Congregationis Concilii Tridentini interpretum sententia, benigne indulget Archiepiscopis atque Episcopis Indiarum Occidentalium, et sede illorum vacante, Cathedralium Ecclesiarum Capitulis, ut gradibus Baccalaureatus, Licentiatu, Magistrii et Doctoratus insigniri valeant quotquot annis quinque studeant in Collegiis formatis Patrum Societatis Jesu (Patrum Sti, Dominici), quae a publicis Universitatibus ducentis saltem milliariis distant, dum tamen iidem, ut proponitur, promovendi, prius gesserint actus omnes, qui in universitatibus generalibus fieri consueverunt pro his gradibus adipiscendis, atque a Rectore et Magistro Collegii approbationem obtinuerint. Hoc autem indultum ad decennium tantum perduret, quo el apso protinus expirasse censeantur; et gradus huiusmodi nemini suffragentur, nec quisquam illis uti possit extra Indias Occidentales". Según Salazar el original está en el Archivo Vaticano Sec. Breves, vol. 570, fols. 455 y 456.

³⁷ Vol. 12. p. 554; Hernaez, *Colección...* II, 419.

³⁸ Zamora, o. c. 424.

carecía aún de Estatutos definitivos, se observaron los vigentes en San Marcos de Lima, y cuando el Padre Frías Herrán dotó de reglamento a la Universidad de la Plata, ordenó que en las cosas que no se hubieran previsto, se recurriera a las Constituciones de Lima, *“las cuales doy y señalo juntamente por Constituciones de esta dicha Universidad”*. Cuando en la Javeriana de Santa Fe instituyó el Rey la facultad de Cánones, ordenó que hiciera Estatutos *“teniendo por Norte los de la Universidad de Salamanca, y los de las dos de Lima y México, que son de su prohiación”*. Y cuando se quiso reorganizar la Universidad de Santo Tomás, también de Santa Fe, prescribió S. M. que en lo referente a grados se atuviera a lo dispuesto para Lima, y cuando se mandó de la Corte que la Universidad de Córdoba redactara las Constituciones, se le encargó *“arreglarse en formarlas a las Constituciones de la de Lima, que es la mas cercana, como se hizo con México en las de Guatemala”*. Igualmente, cuando se impetraban de S. S. gracias y privilegios, poníanse por medida los concedidos a Lima y Méjico: así fue pedido y otorgado para Manila, en 1681; para Santa Fe y Quito, en 1685, y para Guatemala, en 1687 ³⁹.

Cuatro eran las cuestiones a las que principalmente se referían las Constituciones o Estatutos: 1) las que trataban del gobierno y régimen, y por ende, de los superiores y colaboradores; 2) las referentes a los estudios; 3) las tocantes a la administración y orden externo de la Universidad y 4) las que se relacionaban con los grados y los graduandos.

No nos es dado consignar reflexiones sobre el alcance de estos puntos y sobre la variedad de los mismos en los Estatutos de las diversas Universidades, pero vamos a reproducir algunas notas, como la referente a los privilegios que otorgaban entonces los grados universitarios: los graduados quedaban constituídos en dignidad; eran reputados nobles y les era permitido acomodarse a los usos de éstos; ante los tribunales contaban con una presunción de virtud, de integridad y de inocencia; debíaseles tributar particular honor y respeto; las penas se les aplicaban con suavidad y consideración; permitíaseles lucir públicamente particulares insignias: blasón en su casa y anillo gemado en su mano, birrete cuadricornio en su cabeza.

Además, únicamente los doctores regentaban las cátedras en las Universidades y Estudios Generales y, por este concepto, les correspondían nuevas prerrogativas. Tenían derecho a que se les proporcionara habitación cercana a las escuelas; a percibir íntegros los frutos de sus prebendas y beneficios cuanto se ausentaban y faltaban a la residencia canónica por razón de

³⁹ La única nota curiosa en esta materia, en cuanto a las Universidades hispanoamericanas es la exigencia, que hubo de parte de algunas de que todo graduado fuera clérigo o se comprometiera a recibir las Sagradas Ordenes. En estos casos, si no era sacerdote, prometía llegar a serlo, y en Santo Domingo, lo prometía bajo una fianza de 200 pesos, en Caracas bajo otra de 2000, y en Córdoba y en Quito bajo nulidad de grado. Nótese sin embargo que esta disposición dio lugar a tantos pleitos y era tan expuesto a que hubiese sacerdotes indignos, que fue cayendo en desuso, desde fines del siglo XVII.

su cátedra; a pensiones en caso de enfermedad; a la jubilación después de cierto número de años transcurridos laudablemente en la enseñanza, etc.

Fuera de todo esto, cada Universidad se había procurado, para sí y para sus graduados, otros privilegios. Muy notables fueron los de Salamanca, que S. M. comunicó, legítimamente, sólo por el aspecto civil, a las Universidades de Lima y Méjico, y que luego solicitaron y obtuvieron otras Universidades indianas.

La elección de Rectores era diversa en las Universidades americanas como en las de la Península. Las de Méjico, Lima, Santo Domingo y Caracas lo elegían en Claustro pleno. En Lima y en Caracas debía ser alternadamente laico y eclesiástico, pero no religioso. Curioso el régimen en Santo Domingo donde, por sus estatutos, un año desempeñaba el rectorado un religioso, y entonces el Vice-Rector debía ser un laico, y al siguiente año un laico, pero el vice debía ser religioso dominico. Los jesuitas fueron constantes en tener por Rectores de sus Universidades a los que lo eran de sus Colegios Máximos, y estos recibían el nombramiento directamente del General.

Lo claustros destinados a deliberar sobre los intereses de las Universidades respectivas, eran menores y mayores. A los primeros sólo asistían el Rector, sus Consiliarios o Consultores y a veces algunos o todos los catedráticos. A los segundos concurrían todos los catedráticos y todos los doctores que quisieran asistir, aunque desde su egreso de la Universidad no tuvieran con la misma vinculación alguna próxima. Salazar, siguiendo a Garro ⁴⁰, indica que en los claustros de las Universidades jesuíticas eran reducidísimas las atribuciones del claustro, pero hay exageración en ese aserto. Las actas, inéditas aún, de la Universidad de Córdoba, ponen de manifiesto que eran frecuentes los claustros mayores, esto es, con la asistencia de todos los doctores que había en la ciudad.

Sobre la jurisdicción de las Universidades y fuerza obligatoria de sus Constituciones escribió el Padre Muriel ⁴¹, basándose para ello en Suárez, que las Universidades podían ser bajo este aspecto:

- 1) Las que habían recibido del Papa o del Príncipe delegación para ejercer actos de jurisdicción eclesiástica o civil;
- 2) Las que careciendo de jurisdicción, obligaban a sus miembros por virtud de religión, dada la existencia de algún juramento;
- 3) Las que no pereceptuaban ni en virtud de la jurisdicción ni del juramento, si no de la potestad cuasi-económica que se funda en el cuarto mandamiento de la ley de Dios.

⁴⁰ Juan M. Garro, *Bosquejo*. 86. Aunque este autor nos merece todo respeto, muchas de sus páginas están plenas de errores y confusionismos. Así abre su obra con dos sensibles errores: "Si se exceptúan las célebres Academias de Méjico y Lima, fundadas a mediados del siglo XVI, es la Universidad de Córdoba la más antigua de toda la América Española", siendo así que es la nona; "Nacida en 1614...", siendo así que nació en 1622. *Bosquejo*, p. 7.

⁴¹ C. Morelli [Domingo Muriel], *Fasti Novi Orbis*, 395-396.

En algunas épocas y en algunas Universidades, los estudiantes participaban en la elección de catedráticos, aunque desde Méjico llegaron serias quejas contra esa costumbre "*por los muchos cohechos con que se consiguen los votos siendo esto causa de que la virtud, letras y trabajo de los beneméritos no lleguen a tener el premio que merecen*". Así escribía el Rey en 17 de marzo de 1658, y ordenaba al Rector y claustro de la Universidad de Méjico que le informaran sobre las conveniencias e inconveniencias que se podrían seguir de esa intromisión estudiantil, y como la Universidad expusiera, por una parte, los graves inconvenientes de esa práctica, pero advirtiera, por otra parte, que por el artículo 316 de las Constituciones estaba ella aprobada, el Rey, en 24 de diciembre de 1681, dispuso no innovar en este punto.

La Recopilación concedía a las Universidades americanas, ciertamente a las de Lima y de Méjico, la más amplia jurisdicción y sus Rectores la ejercitaban, en conformidad con lo que era práctica en Alcalá, y eso en todas las causas criminales concernientes a los delitos que los doctores y estudiantes cometían, así en las escuelas como fuera de ellas, en materia universitaria. En algunas Universidades se traspasaba esa jurisdicción a los Maestre Escuelas. Los jesuitas, lejos de considerar esta jurisdicción como un factor benéfico para el progreso de sus Universidades, lo consideraban una rémora y pérdida de tiempo.

La provisión de las cátedras, en las Universidades que no eran de regulares, y aun en éstas, tratándose de cátedras servidas por seglares, eran por rigurosa oposición, como era práctica así en España, como en los demás países europeos. No siempre las cátedras eran perpetuas, sino por un período de años. Perpetuas solían ser las de Teología y Cánones; por cuatro años las de Leyes; por tres las de Filosofía.

Por lo común no se miraba sino la idoneidad para ocupar las cátedras. Así vemos cómo en 1779 el rector de la Universidad de Córdoba, y lo era el franciscano Parras, propuso al Virrey los méritos y deméritos de dos candidatos para la cátedra de Filosofía, y Vértiz al escoger entre ellos manifestaba cómo "*de los dos habilitados por tales Lectores, el uno si tiene ciencia abundante, es con mal método, y que el otro, aunque con esta buena calidad, no es tan aventajado en aquel conocimiento*"⁴². Años más tarde el Marques de Loreto escogía a Mariano Suárez por ser "*el sujeto que se halla más apto en esta Provincia, así por su instrucción como por su experimentada conducta*".

Los planes de estudio eran bastante similares, aunque desarrollados con mayor o menor caudal de temas atingentes, y la libertad de cátedra fue enorme hasta fines del siglo XVIII, época en que se dieron directivas doctrinales, a fin de desterrar las doctrinas laxas de los jesuitas y, a este fin, se crearon los Censores Regios, cuya ingerencia en las Universidades fue nefasta.

⁴² Archivo General de la Nación, Buenos Aires: Justicia 18-461.

Para poderse uno graduar había de haber estudiado, durante cierto número de años, la respectiva materia; debía dar los exámenes señalados para el tal grado; debía hacer la profesión de Fe, ordenada por el Concilio de Trento, además de los juramentos de rigor, y debía participar en la ceremonia y dar las propinas acostumbradas.

Quien confería los grados era unas veces el Canciller, otras el Rector, otras el Maestre Escuela, otras el Obispo u Arzobispo. Este último era el caso en todas las Universidades establecidas por los Dominicos y por los Jesuitas: en Lima, Méjico y Caracas era el Maestre Escuela. Se entiende lo dicho en cuanto a los grados mayores, como los de doctor y licenciado, ya que el de bachiller podía ser conferido por cualquiera persona vinculada con la Universidad.

Hasta el siglo XVIII las Universidades hispanoamericanas estaban abiertas a todas las personas que quisieran concurrir a sus aulas, y fue sólo desde mediados de esa centuria que se comenzó a mirar en la nobleza de los candidatos. Así la Real Cédula del 3 de Mayo de 1768 sólo permitía que concurrieran los nobles, pero en América, así los españoles como los hijos de éstos se consideraron nobles, de donde resultó que las cosas quedaron como antes, y aun los mestizos ostentaban humos de nobleza.

En España se miraba mucho en que los graduados fueran fruto de legítimo nacimiento, pero en América no se prestó mucha atención a este punto o se dispensaba con facilidad. Ni los hombres de color eran excluidos. Ya en 1588 una Real Cédula los admitía en la clerecía y mandaba que no fuese impedimento en las mujeres para ingresar a la vida religiosa. La igualdad de obligaciones y derechos en todas las clases de hombres libres, nacidos legítimamente, fue un principio reconocido y proclamado por la política de España y defendido por sus mejores publicistas. Pero este criterio muy español vino a alterarse profundamente durante el reinado de los Borbones. En 1776 hasta se llegó a prohibir los matrimonios entre blancos y personas de otras razas, y era ese un criterio predominante en Francia y en Inglaterra y sólo como una concesión extraordinaria otorgó Colbert que pudieran los franceses de Norte América desposarse con indígenas.

Sobre la exclusión de las gentes de color, cuyo acceso a las Universidades se dificultaba, ha escrito David Rubio ⁴³ lo que sigue: *"Y para que no se continué afirmando que la enseñanza en la mayoría de esos Centros era exclusivamente aristocrática, ha de recordarse que, mientras efectivamente el rey «excluía de la enseñanza superior a las razas de color», éstas eran acogidas en los colegios de las Ordenes religiosas. Vale la pena insistir en este punto, como dice Belaúnde, presentando un testimonio incontestable: el de los mismos interesados. Dice una nota del folleto publicado en Lima en 1812 con los discursos pronunciados en las Cortes de Cádiz en defensa del voto de los mestizos: "No hay una sola aula de latinidad y retórica en que no se enseñe in-*

⁴³ *La Universidad de San Marcos...* 11-12.

distintamente a los niños y plebeyos, sin exceptuar a los indios, castas y morenos. Hay también varios Colegios y universidades pontificias pertenecientes a las Ordenes religiosas en las que se enseñan la Filosofía y la Teología a los jóvenes de toda clase, color y nacimiento... Los cuerpos religiosos de esta ciudad nos han preservado de la ignorancia a que estábamos condenados por la falsa política del siglo".

Y no está demás recordar, al mismo tiempo, que esta política de excluir de la enseñanza superior a los pueblos de color, y aun a la plebe en general, no fue, ni mucho menos, exclusiva de los soberanos de España. Los ilustradísimos, los iluminados, los Padres de la Enciclopedia, como Voltaire, Diderot, Rousseau, d'Holbach, etc., negaron rotundamente la conveniencia de dar «ilustración superior a las clases bajas». Oigamos por un momento a Daniel Mornet en su clásica obra El pensamiento francés en el siglo XVIII... Creían estos enciclopedistas, por ejemplo, que el sólo infalible instrumento del progreso era la inteligencia, y por consecuencia, debieron haberse esforzado en recomendar la difusión de la instrucción pública. Pero en el siglo XVIII no fueron ciertamente los enciclopedistas los que movieron una piedra siquiera para ilustrar al pueblo; fue la Iglesia la única que se preocupó de este asunto. Pensaban que la difusión de la instrucción era prácticamente imposible y además muy peligrosa, y por eso el filósofo-procurador, La Chalotais, resume así la opinión de los enciclopedistas en su ensayo sobre la Instrucción Nacional". "El bienestar de la sociedad requiere que la instrucción del pueblo no debe extenderse más allá de sus ocupaciones cotidianas" ⁴⁴.

El doctor John Tate Lanning, de la Cornell University, autor de una notable monografía sobre "*The University in the Kingdom of Guatemala*" ⁴⁵ aparecida en 1955, y en una conferencia que dio en Córdoba, hizo como un resumen de las características o peculiaridades de las Universidades hispano-americanas de otrora, y vamos aquí a transcribir algunas de sus observaciones:

"En la vida estudiantil y en el otorgamiento de grados hubo muchas semejanzas con nuestro sistema americano. En México un diploma de retórica era necesario en todos sus cursos. La matrícula se efectuaba dos veces al año y se pagaba una cuota de diez céntimos (dos reales), la mitad para el secretario y la mitad para el tesorero. Un certificado de instrucción privada y cinco cursos completos en la facultad elegida por el estudiante era necesario para obtener el grado de bachiller. Como una prueba de la genuina obsesión educacional de los peruanos, podemos recordar que por cada diez bachilleres, se concedía una beca como recompensa por el cultivo de la ciencia.

"La recepción del doctorado, como también el otorgamiento de grados era poco menos que un espectáculo. "El Viajero Universal" dice lo siguiente: 'Cuando un estudiante desea graduarse de doctor, busca a un padrino rico y distinguido, no tanto por su saber como por el hecho de poder pagar la mayor

⁴⁴ D. Mornet, *French Thought in the Eighteenth Century*, 181.

⁴⁵ En *Universidad de Córdoba*, 18-21.

parte de los gastos que son exorbitantes. El padrino regala al candidato el anillo que llevan todos hasta el clero regular y que es la insignia del doctorado. Le regala también la gorra y capa que se exhiben sobre felpa y cojines en el balcón del padrino. El día en que se verifica el concurso público, estas insignias son llevadas a la Universidad en un coche ocupado por el padrino y su protegido... Ahí, con la pompa más espléndida, se verifica la investidura a la cual muchos doctores e invitados asisten... El padrino coloca el anillo en el dedo del candidato, si éste es médico, le regala la espuela. Tantos doctores asistían que el aturullado padrino era obligado a rogarles que se quedaran en sus casas. Aún así, los gastos de la investidura eran más de dos mil pesos, lo que debiera consolar a nuestros modernos doctores norteamericanos quienes pagan un derecho de trescientos dólares para la publicación de sus memorias. Antes de 1775 la Real Universidad Pontificia de México había conferido mil ciento sesenta y dos grados de doctor y de profesor. Los gastos del grado de bachiller deben haber sido inferiores, porque durante ese período, 29.882 de estos grados fueron conferidos.

"En Lima la investidura doctoral se verificaba con la misma pompa y esplendor que en México. Sin embargo, según la legislación promulgada por el Virrey, Príncipe de Esquilache, en el año 1624, el candidato debía jurar defender la Inmaculada Concepción. Pedían también a los candidatos 'que detestaran las execrables doctrinas del tiranicidio y regicidio', un poco antes hechas impopulares por las enseñanzas de Juan de Mariana. Posteriormente la obligación de los candidatos de defender la Inmaculada Concepción fue abolida.

"El esmerado examen con 'refrescos, dulces y jaleas que sustituían la cena que exigían las instituciones antiguas de la academia'. Un pago en dinero y un bonete al Rector, profesor, jefe, registrador y otros empleados; honorarios a todos los miembros del claustro, seis gallinas gordas, cuatro libras de fiambre, un par de guantes para cada uno, además de una corrida de toros en la plaza principal, acompañada de entretenimientos suntuosos, por todo lo cual se estimaba que subían en el año 1743 los costos de cada doctorado a la extravagante suma de diez mil piastras. Los gastos apenas llegaban a seis mil piastras en cualquier época del siglo dieciocho. Era mucho más barato comprar el grado como uno compra un par de zapatos, como se hacía en varias instituciones, especialmente en San Felipe de Chile ⁴⁶.

10. En las graduaciones de otrora, como en las bodas de hoy día, se esperaba de los agraciados, además de las tradicionales propinas, unas comidas y fiestas que, a las veces, insumían una enorme suma de dinero. La vanidad de aparecer más acaudalados de lo que eran en realidad llevaba a no pocos a derrochar lo que habían de lamentar durante años. Salazar recuerda ⁵³ cómo Clemente V, en el Concilio de Viena, para atajar este mal, general entonces en Europa, propuso que para gastos en estas fiestas se obligara bajo juramento a los agraciados, o desgraciados a no exceder de los 3.000 turinenses de plata.

⁴⁶ O. c. 8.

“La inauguración de un Virrey o Gobernador era también una de las numerosas ocasiones en que el claustro de la Universidad estaba obligado a contribuir para una función que, por las ceremonias y magnificencia puede compararse con un triunfo romano. Durante los primeros diez años de su historia, la Universidad de San Felipe era una institución de ‘doctores sin honorarios y profesores sin cátedras’. ‘Sin dinero para hacer funcionar los cursos, se convirtieron éstos en una agencia para conferir ‘grados de indulto’. Sin embargo, en las fiestas de recibimiento de los nuevos presidentes, con una deuda de 1.400 pesos y con 399 en caja, San Felipe pudo contribuir con cinco mil pesos a la celebración. A pesar de que la Universidad no podía funcionar, era de una importancia suma que el rector tuviera dos lacayos armados de espada (privilegio que no tenía el Virrey), para que cada asistente se sentara en la silla que le correspondía, y no hubiera error en cuanto a la persona que debía ir en delante, o respecto de quien debía llevar el paraguas. Y hay que notar que 138 días del año académico eran días festivos, más o menos como una universidad de España en los tiempos actuales.

“En México a los estudiantes se les prohibía llevar calcetas de color (no hay mención de color carne), pasamanería dorada, bordado, copete, patillas, o armas de cinto.

“En el año 1728 los dueños de casa en las vecindades de la universidad fueron obligados a vender o arrendar sus propiedades a los profesores que deseaban residir cerca de su trabajo. Ocho años antes, cuando protestó de que las corridas de toros distraían a los estudiantes, éstas fueron prohibidas en la Plaza del Valador. Aprovechándose de una procesión anual en honor de Santa Catalina, los estudiantes promovieron tanto desorden que el Corregidor de México atacó la procesión y mató a varias personas.

“Como en Europa medioeval y en América moderna, padres preocupados escribían a sus hijos universitarios, quejándose de que se sentaran ociosamente en las ventanas tocando guitarras, o, como hoy día en Norte América, tocando el saxofón o el ukelele.

“Un rasgo característico de la universidad hispano-americana era su contacto íntimo con la sociedad y su intenso interés en el bien del Estado. Pero desgraciadamente a veces los estudiantes tenían más entusiasmo que buen juicio; sin embargo, mostraron ser un importante factor en la política, tal como en la actualidad lo son en España, en el Perú, y en muchos países sudamericanos; especialmente cuando el gobierno pierde la cabeza y escoge el asesinato, de preferencia a un arma más eficaz como es la manguera de la bomba... Las contribuciones a las obras públicas en Lima de los profesores y estudiantes en tiempo de la Colonia alcanzaron a cientos de miles de pesos. En el año 1588 Felipe Segundo demoró mucho tiempo en hallar algo que aprobar, y expresó sus agradecimientos ‘por el manifiesto adelanto de la prosperidad de su reino’, por medio de la Universidad de San Marcos de Lima. En 1709 cuando los ingleses invadieron Guayaquil, poniendo al Virreynato en un estado de pánico, los estudiantes se enrolaron, sin distinción de clases,

en las compañías militares. En Hispano-América, la palabra académica podría significar, entonces como ahora, espíritu público, una conotación que, siento decirlo, no existe hoy en los Estados Unidos de Norte América⁴⁷.

11. En este mismo estudio, al recordar el Profesor Tate Lanning las dos Universidades del Perú y de Méjico, la de San Marcos y la de San Pablo, escribe que "estas reproducciones de París y Salamanca fueron fundadas simultáneamente cincuenta y seis años antes del establecimiento de la primera colonia inglesa en América, la de Jamestown; ochenta y siete años antes de la fundación de nuestra Universidad de Harvard"⁴⁸ y reconoce que debido a los centros universitarios creados entre 1538 y 1810, "en la América española, la vida civilizada, manifestada en educación, literatura, pintura, escultura, música y drama, se aproximó muy de cerca a la cultura de la Europa misma".

Barón Castro⁴⁹ nos dice que el cuadro universitario en América es de tales proporciones y de tal relieve que no se comprende cómo haya habido quienes hablen de la noche colonial, sin advertir que era luminosa, pues estaba tan tachonada de estrellas, y agrega: "los territorios de la Nueva Inglaterra no tuvieron un estudio superior hasta 1636 —el de Harvard— al cual no solo preceden muchos de la América española (Méjico, Lima, Santo Domingo, Quito, Córdoba del Tucumán, Charcas y Santa Fe de Bogotá) sino también el de Santo Tomás de Manila, que abrió sus aulas, en gloriosa continuidad hasta el presente, en 1606. Las posesiones francesas carecieron de tal instrumento cultural, y en el Canadá, por ejemplo, ésta no aparece hasta bien entrado el período inglés con Kings' College, en Nueva Escocia, 1789, con la Universidad de Brunswick, 1800, y con el Mac Guill College de Montreal en 1813.

"De muchas de aquellas Universidades, como las de Méjico, Lima o Córdoba del Tucumán, baste decir que alcanzaron justa fama por la altura de sus enseñanzas, y el número de sus estudiantes, y que las de otros lugares, si bien en situación menos prominente, contribuyeron de modo eficaz a la formación de las generaciones criollas. Los estudios, con el transcurso del tiempo, fueron ampliándose y mejorando, al extremo de presentar muchos de ellos, en las postrimerías del régimen español, un nivel que en múltiples aspectos en nada desmerecía del de las de Europa⁵⁰.

Tate Lanning después de anotar que científicamente hubo en la Universidad de Méjico una época de esterilidad, advierte que "lo mismo podría decirse del resto del mundo en aquella época, y muy particularmente de los Estados Unidos de Norteamérica, donde primaron los métodos escolásticos decadentes hasta el tiempo de la Revolución y aún más tarde"⁵¹, pero en todo

⁴⁷ *The University in the Kingdom of Guatemala*, IX.

⁴⁸ O. c. IX.

⁴⁹ Bulario. Citado por Salazar.

⁵⁰ Citado por Salazar, oc. c., 398.

⁵¹ Cf. Furlong, G., Cf. Bibliografía.

esto hay un error de apreciación, ya que ni en la América Hispana, ni en la Inglesa hubo un "*largo período de quietud, en el que la vida intelectual estuvo bajo el atenuado imperio de Hipócrates y de Santo Tomás de Aquino*". El traer a colación unas frases humorísticas contra Aristóteles y contra su Física no prueba sino que, a principios del siglo XVIII, había rezagados o rutinarios que desconocían los inauditos progresos que en la América, lo propio que en la Europa, habían hecho las ciencias físicas, a cuyo progreso habían contribuido en forma eficacísima las doctrinas aristotélicas.

El Río de la Plata fue, sin duda, la región americana donde las ciencias de la experimentación tuvieron menor desarrollo y, no obstante, hay que reconocer que fue tan grande y manifiesto que superó al que hubo en la misma España. Si Mr. Tate Lanning⁵² cita en apoyo de su tesis su libro *Academic Culture in the Spanish Colonies* (Oxford 1945), nosotros citamos en prueba de nuestro aserto el libro que publicamos sobre el *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata* (1536-1810).

Disentimos totalmente con el profesor Tate Lanning en este punto, pero hay otro que no sabemos interpretar: quedamos intrigados. Escribe que "*la lucha que se sostuvo en América contra las pretensiones absolutistas, que pretendían hacer de ella su último baluarte, es un movimiento espiritual digno de considerarse como el Renacimiento americano. Los paladinos de la libertad batieron la retaguardia del escolasticismo y en ese sentido son comparables, sin incurrir en hipérbole, a Galileo, a Kepler, a Descartes, a Newton y a Cándillac, que les sirvieron de ejemplo y a quienes tanto admiraron*"⁵³.

Esto postrero es exacto, pero todo lo anterior es pura faramalla sin un adarme de veracidad histórica, aunque pudo acaecer que, aquí y allá hubiese algún profesor tan rutinario y adocenado, como los ha habido en todos los tiempos, pero esos tales sólo fueron la excepción, no la regla general. El mismo Tate Lanning, al tomar esas ideas del nefasto libro de José Ingenieros, como éste los había tomado de Quesada, aunque empeorándolos grandemente, es una prueba de cuán difícil es, a las veces, estar al día científicamente aun tratándose de hombres de buena voluntad. Decirnos, tomándolo de Ingenieros, que Carlos III ordenó que se enseñara la lógica sin disputas escolásticas y de acuerdo a las luces del siglo, es un rasgo de infantilismo intelectual, y es como esas Academias de Lenguas Vivas que se glorían de enseñarlas sin preceptos gramaticales y conforme a las leyes de la fonética. Frases bonitas que encandilan, pero que carecen de vivencia.

Si hemos de juzgar por lo que acaeció en las Universidades de Caracas, de Charcas y de Córdoba, jamás hubo estancamiento alguno ni épocas de opa-

⁵² En vano hemos podido obtener noticia alguna concreta sobre la Universidad de Oaxaca, en Méjico, como tampoco de la índole de los estudios de varias instituciones coloniales, en las que se otorgaban títulos.

⁵³ Archivo Vaticano, Reg. Suppl. Vol. 2304, fols. 199 y 199. V. Cita de Beltrán y Heredia: *La Bula Unigenitus y la erección de la Universidad de Santo Domingo*. Ciudad Trujillo 1944, 31.

ciudad intelectual, antes el progreso, aun en las ciencias físicas, fue en ascenso continuado y engrosando de día en día. La idolatría aristotélica y la ciega veneración a Santo Tomás nunca existió, sino es en algunas mentes adoce-
nadas, como aun hoy hallamos quienes en Física, están afincados en Ganot, y en Química nos citan los asertos de Thorpe, y en materias históricas copian las vetustas aseveraciones de Vicente Fidel López, y ni han oído hablar de Vicente D. Sierra. Gravísimo traspié es el universalizar lo particular y generalizar sobre uno o varios hechos aislados.

Extremoso por demás fue la preocupación de la Corona por la buena marcha de sus Universidades y el Cedulaario publicado en 1946 por el mismo Tate Lanning comprueba lo que afirmamos, ya que ha podido conocer y publicar 235 Reales Cédulas, expedidas en pro de la Universidad de Méjico, desde 1551 hasta 1816, y reconoce que no las ha podido reunir todas, y que hasta alguna de grande trascendencia se ha escapado a sus diligentes pesquisas. Como puede advertir el lector hubo una Real Cédula por cada año de vida que tuvo aquella Universidad. Vale la pena consignar los temas de algunas de estas Reales Cédulas ⁵⁴:

Sobre la fundación de la Universidad (2-IX-1551); concediendo a los graduados iguales privilegios que los de Salamanca (17-X-1572); ordenando se haga una visita a la Universidad para introducir las reformas que sean necesarias (22-IV-1577); sobre que se instituya una Cátedra de lengua indígena (19-IX-1580); sobre nombramiento de rector (24-V-1597); sobre que no sean rectores los oidores, alcaldes y fiscales de la Audiencia (24-V-1597); pidiendo informes sobre los medios de favorecer la Universidad (25-X-1608); sobre otorgamiento de grados a los estudiantes de los Colegios de Jesuitas (2-II-1622); sobre que se conceda a la Universidad asientos decentes en los actos públicos y fiestas reales (13-VI-1622); para que los oidores y alcaldes y fiscales de la Audiencia puedan ser admitidos e incorporados en las elecciones de la Universidad (29-VI-1624); sobre el nombrar un maestrescuela interino (12-VII-1635); al Virrey para que favorezca a los rectores y doctores de la Universidad en atención a sus servicios (7-III-1646); sobre que no se descuenten a los catedráticos de la Universidad la media onata y el veinte por ciento de sus salarios (7-VI-1668); que los Virreyes no pueden dispensar cursos, ni pueden proveer cátedras (12-VI-1642); que en caso de concurrir en una persona el ser rector y catedrático vote como rector en la provisión de cátedras (11-XI-1687); que los catedráticos jubilados no pueden ascender a otra cátedra sin hacer oposiciones (12-VII-1690); que se paguen con puntualidad y con preferencia los salarios de los catedráticos (30-V-1691); sobre la forma de la provisión de las cátedras de la Universidad; que el Virrey guarde las leyes y constituciones que se citan sobre no dar dispensas (1-VI-1695); sobre privilegios que corresponden a los catedráticos jubilados (8-VIII-1695); al Rector desaprobando lo que hizo en el incidente que tuvo con el Dr. Antonio

⁵⁴ Archivo del Vaticano, Indias, vol. 369, fol. 63. Cita de Beltrán y Heredia.

Jiménez y participándole lo que debe hacer (5-VII-1700); para que se informe sobre la incompatibilidad de horas de lectura de cátedra entre la Universidad y el colegio de la Compañía de Jesús (13-XI-1713); que informe la Universidad lo que hubiere sobre la fundación que se intenta de un colegio para profesores de Medicina (6-VII-1738); se aprueban los Estatutos de la Biblioteca de la Universidad (22-V-1761).

Como simple muestra de cuán adelantadas estaban las Universidades hispanoamericanas, aun en lo que a la experimentación toca, más evidente cuanto que no corresponde a la Universidad de uno de los grandes virreinos, téngase el caso de la de San Carlos Borromeo, de Guatemala, en cuya Facultad de Medicina se utilizaban en pleno siglo XVIII estatuas anatómicas para la docencia, las cuales en Europa eran novedad singular y recentísima, siendo que en aquel remoto reino de Indias no eran las tales copias de ningunas, sino fruto de la fecunda y sabia minerva de su catedrático de Prima de Medicina, don José Felipe Flores, criollo chiapaneco, cuyos métodos terapéuticos, dicho sea de paso, dieron la vuelta al mundo culto de su época, en sucesivas reediciones de sus buscados opúsculos.

Y, tampoco debe echarse en olvido cómo estos centros universitarios no descuidaron, desde sus comienzos, su vinculación con las culturas aborígenes, especialmente en el aspecto lingüístico. La cátedra de lenguas indígenas funcionó en la Universidad de Méjico desde 1640; en la de Guatemala establecieron desde un principio las de quiché y cakchiquel, principales de aquel reino, así como en la de Santa Fe de Bogotá la de lengua muisca. Fruto de estos estudios, fueron, en gran parte, la infinita cantidad de gramáticas, diccionarios, y métodos de aprendizaje de las lenguas nativas del Nuevo Mundo, tan útiles en su tiempo para la obra evangelizadora, y sustentáculo en nuestros días de la filología americanista.

Estos y otros aspectos de la actividad universitaria del Nuevo Mundo, quedaron, a partir de la Independencia, si no olvidados, cuando menos oscurecidos, y, en algunos casos, menospreciados. Modernamente, y con ocasión, es preciso reconocerlo, de muchas conmemoraciones centenarias, se ha volcado nuevamente la atención al brillante pasado cultural, sin cuya existencia muchos fenómenos sociales y políticos —incluso el de la Independencia nacional— serían difícilmente explicables.

Estudios completos que abarcan todos los aspectos de la vida universitaria colonial, o parciales referentes a una Facultad o a una materia (Medicina, Filosofía, etc.), han enriquecido en estos últimos años la bibliografía hispanoamericana, la cual seguirá beneficiándose, sin duda alguna, de valiosas aportaciones en tal sentido. Y, como consecuencia de semejante interés —transferido a sectores más amplios—, se ha llegado ora a la restauración de edificios (en algunos casos en forma tan espléndida como la realizada en el de la de San Carlos Borromeo, de Guatemala, en la Antigua, reproduciendo aulas con la figuración de alumnos y catedráticos, en perfecta visión del pretérito) ora en la del atuendo, restableciendo la severa y policroma profusión

de togas, mucetas, borlas y birretes, dentro de la más clara tradición hispánica; ora la de ceremonias de colación de grados, si bien haya que señalar también la nota discordante de algunas Universidades que han ido a pedir prestado su indumento de ceremonia a la tradición anglosajona, con la misma frivolidad con la que puede alquilarse un disfraz de carnestolendas. Es de esperar que esa incómoda situación de "hacer el ridículo", que tan poderosos efectos produce en la epidermis de cualquier hispanoamericano, haga que tales centros abandonen un ropaje que, precisamente por ser tradicional, no cuadra sino a quienes, directa o indirectamente, están entroncados con el pasado universitario que le dio origen" ⁵⁵.

No hay exageración en estas expresiones, y felizmente los hombres de la América de hoy, con evidente desdén y menosprecio por las apasionadas y mentidas aseveraciones proferidas por los Vicente Fidel López, los Ramos Mejía, los Ingenieros y demás detractores apriorísticos del pasado, van reconociendo la singular prestancia, la modesta grandeza y la trascendencia invaluable de las Universidades de otrora. Fuera de algún que otro país, y hay que colocar en primer término al Perú y en segundo al Ecuador, todavía no hay una idea cabal, ni aproximadamente cabal, de lo que significaron en sus respectivos países y en sus respectivas historias esos centros del saber máximo, y si hoy es lamentablemente notoria la falta de colecciones documentales, de Cedularios y de Bularios referentes al Río de la Plata, de actas capitulares, así civiles como eclesiásticas, y de biografías referentes a los gobernantes y prelados más destacados, esa penuria era incomparablemente mayor, hace treinta años, y si no se justifica, a lo menos se explica, el que hombres eruditos como Juan María Guliérrez y Vicente G. Quesada, incurrieran en juicios tan errados y en falsías tan monstruosas, como las que estamparon en sus escritos, pero hoy que contamos con algunos Cedularios y con los Acuerdos Capitulares de algunos Cabildos, como los de Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Corrientes y Santiago del Estero, y son del dominio público algunas colecciones documentales, como las de Leonhardt y Probst, no es lícito pisar las huellas de aquellos escritores de antaño y repetir, agravándolos casi siempre, los errores en que ellos incurrieron.

No se ha escrito aún, y apenas se ha comenzado a escribir la historia de la cultura en la América hispana, con anterioridad a Ayacucho, y eso explica el que aun en la Argentina, que es donde más se ha hecho en este sentido, ha habido quienes prefieren errores y estampan afirmaciones totalmente infundadas, y ni hemos recordado arriba al hierofante máximo en el arte de la mistificación histórica, que no es otro que José Ingenieros, hemos de lamentar que en los demás países de la América Latina sea bien poco lo que se ha hecho y sean innumerables los dislates tan inverecundos como hilarantes que se han estampado, aun en obras de apariencias serias y con sentido de responsabilidad. ¿Quién no compadecerá al pobre chileno Jorge Henneus

⁵⁵ J. Ortega y Frier, *La Universidad de Santo Domingo*, 17.

cuando se tropieza con asertos como éste, que muy suelto de cuerpo, estampó en su cuadro histórico de la producción intelectual de Chile: "Conocidas son de todos, las naturales tendencias que las Ordenes religiosas, particularmente los Jesuitas, tuvieron siempre en abatir el vuelo de águila de la razón"... o este otro aserto que José Gómez, bien desinformado de la cultura nicaragüense, consignó en su pretenciosa *Historia de Nicaragua*: "La instrucción clerical se reducía a las primeras letras y a la doctrina cristiana..."

Aun escritores de tanta alcurnia como Carlos Pereyra, en Méjico, y como Ricardo Levene, en la Argentina, no han sabido a qué atenerse respecto al número de las Universidades que hubo en la América colonial, y ya señalan tres, ya siete, ya catorce.

En 1951 publicamos⁵⁶ un elenco de las Universidades coloniales y pudimos consignar en total veintitrés. Tres años más tarde un escritor venezolano publicó otro elenco en el que presentaba antecedentes de veinticuatro instituciones universitarias. Hoy completamos nuestro elenco anterior y elevamos la cifra a 33 Universidades, surgidas en la América hispana entre 1538 y 1826, considerando a este último año como el final de la dominación española en América.

Hoy, como en 1951, sospechamos que nuestra información ha de ser forzosamente incompleta y por ende ha de adolecer de errores, inexactitudes y lamentables lagunas, pero con los elementos a nuestro alcance sólo hemos pretendido preparar un esbozo, que esperamos despertará en otros estudiosos el afán de convertirlo en un cuadro de mayor amplitud y de mayor hondura. Nos contentamos con la satisfacción de ser los primeros en roturar un suelo tan lleno de piedras preciosas⁵⁷.

Un hecho es, sin embargo, indiscutible y de una elocuencia sin par: abundaron tanto o más que hoy los centros de estudios superiores en toda la América, descubierta y colonizada por España. La sola realidad de la existencia de treinta y tres Universidades, surgidas durante la dominación hispana, es ciertamente un hecho elocuentísimo.

En primer término es una prueba irrefutable de cuán extendida debió de estar la enseñanza secundaria y primaria, así en Méjico como en el Perú, así en Nueva Granada como en el Río de la Plata, así en las grandes ciudades, si es que merecen el nombre de tales las de 20 y 30 mil habitantes, como en las villas de tan escasa población como Guamanga, Arequipa y Córdoba del Tucumán, las cuales contaron con Universidades, cuando sus pobladores no pasaban de los diez mil. En segundo término, pone de relieve el intenso ambiente cultural que debió de existir otrora en la América Hispánica, ya que se contaron con recursos abundantes para iniciar y llevar adelante tantos centros de estudios superiores, y por lo general hubo abundantes catedráticos, aun para las cátedras de mayor responsabilidad, y hubo

⁵⁶ Utrera, M., *Apostolatus*, 160.

⁵⁷ *Historia de la Iglesia en México*, II, 285.

suficientes estudiantes para que las aulas no quedaran desiertas. En tercer lugar, hemos de anotar que casi todas esas Universidades contaron con cátedras de Derecho Civil, que era sin duda la ciencia a cuya enseñanza lógicamente debía oponerse la Metrópoli, si fuera verdad que pensó en la política de "conservar a sus Colonias en la ignorancia, para que no se sublevaran".

Fue, tal vez, excesiva la abundancia de escuelas y colegios, ya que cuantos cursaban los estudios en aquellas y en éstos, lejos de pensar en las labores agrícolas y en la industria, optaban por los estudios universitarios, como ya hemos indicado. En América, como en la Península, la plétora de licenciados, médicos, abogados y teólogos fue una seria amenaza para la prosperidad común, ya que restaban brazos al trabajo manual, más necesario para la supervivencia de la nación que el excesivo número de doctores, licenciados y maestros.

Hemos anotado la existencia de treinta y tres Universidades para 15.00.000 de habitantes, lo que da un porcentaje tan alto como no se halla hoy día en país alguno, con la sola excepción de los Estados Unidos y del Japón, pero hemos de agregar que a esas ya numerosas y prósperas instituciones culturales, en las que se otorgaban grados académicos y títulos profesionales, hubo otras, ni en menor número, ni en prestancia científica inferiores, que no aspiraron a tener o no supieron merecer iguales atributos, como el Colegio de San Pablo en Lima, el Colegio de San Cosme en Puebla de los Angeles, el Seminario de Tepotzotlan, la llamada Universidad de Santo Domingo en Oaxaca, la Universidad Agustiniana de Bogotá, el Colegio Grande de San Ignacio en Buenos Aires, el Colegio Jesuítico en Mendoza, el Colegio de la Asunción en la Capital del Paraguay, la llamada Universidad de La Paz, en el Alto Perú y la Universidad de Antioquía.

⁵⁸ Nicolás Rangel no niega la parte que tuvo Zumárraga en la fundación de la Universidad de Méjico, pero pone de manifiesto cómo se debió muy especialmente al virrey don Antonio de Mendoza, ya que aun antes de la actuación del Obispo, el virrey había abierto escuela de estudios superiores, había nombrado profesores idóneos y había donado para su establecimiento varias estancias de ganado, que eran de su propiedad. "Fue, pues, a él a quien se debe la fundación de la Real y Pontificia Universidad de Méjico". (p. VI).

- Anónimo. *Universidad de Trujillo*. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, XXXVI n. 144, (Caracas 1953), 446 - 449.
- Anónimo. *La expulsión de la Compañía de Jesús y la Universidad de Córdoba*. En *Nueva Revista de Buenos Aires*, III (1882), 323 - 452.
- Anónimo. *Descripción del Puerto y Ciudad de La Habana* (1764). En *Revista del Archivo Nacional de Bogotá*, n. 39 (Bogotá 1935), 215.
- Anónimo. *Historia general de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica anónima de 1600*. Madrid 1944.
- Anónimo. *Breve noticia biográfica de la Universidad Nacional de Colombia. 1554 - 1935. Anuario de Labores. Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá 1955. pp. 11-14.
- Anónimo. *Universidad Nacional de Córdoba. Archivo General. Catálogo de los documentos. 1611-1891*. I. Córdoba 1944; II, 1945.
- Breve de Gregorio XV para la fundación de la Universidad y Academia de la ciudad de Plata*. Roma: 8-VIII-1621. En: Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, I, 1912, n. 325.
- Altamira, Luis Roberto. *El escudo de la Universidad de Córdoba. Cuaderno N° XXI*. Ministerio de Educación. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Buenos Aires, 1952.
- Amunátegui, Miguel Luis. *La Universidad de San Felipe*. En *Revista de Santiago*, tomo III.
- Angeles Caballero, César A. *La educación en el Virreinato del Perú. Fundación de los Colegios-Universitarios de la ciudad de Guamanga y de la ciudad de La Plata por el Ilmo. Sr. Cristóbal de Castillo y Zamora*. En *Revista del Archivo Nacional del Perú*, Lima, 1959, XXIII, n. 2, 385-399.
- Angulo, Diego. [La Universidad de San Marcos]. En *Revista del Archivo Peruano* II, (Lima 1904), 298-300-302; VI, 184.
- Aragón, Ascenio. *La Universidad del Cauca*. En *Revista de la Universidad de Cauca*, ns. 15-17. Cauca 1922.
- Armas Medina, Fernando de. *Cristinización del Perú. 1532-1600*. Sevilla 1953.
- Los libros de la Universidad de Tiripetio. Anales del Museo Michoacan*, n. 1, México. 1939-40-43.
- Astrain, Antonio. *Pleito con los Dominicos por las Universidades Ultramarinas*. En *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. VI (Madrid 1921), 429-450.
- Attolini, J. *Las finanzas de la Universidad al través del tiempo*. Méjico 1951.
- Ayarragaray, Lucas. *La Iglesia en América y la dominación española*. 2da. ed. Buenos Aires, 1935, 63, 79.
- Aznar, Luis. *La Universidad de Córdoba bajo la dirección de los regulares*. En *Boletín de la Universidad de La Plata*, XVIII, 1934, 261-303.
- Báez Allende, A. *Fray Hernando de Trejo y Sanabria, paraguayo y fundador de la Universidad de Córdoba*. Asunción 1942.
- Barth, Pius. *The Franciscan University of Celaya*. En *The Americas*, II, Washington 1945, 51-58.
- Baron Castro, Rodolfo. *Las Universidades en las Indias Españolas*. En *Eca, Estudios Centro Americanos*. Año XI, n. 107. San Salvador 1956. 394-400.
- Barriga, Víctor de. *Documentos para la historia de la Universidad de Arequipa*. 1928. Arequipa. 1954.

- Biermann, Benno M. *Die Erste Universität in Spanish Amerika. Santo Domingo, 1538*. En "Neue Zeitschrift für Missionsvereinschaft. Bechenrica, Suiza XII, n. 7, 1956-64 pp.
- Berlin, Heinrich. *La obra histórica de J. Mata Gavidia sobre la Universidad de Guatemala*. En *The Hispanic American Historical Review*, Durham XXVI, n. 1, 1956, 136.
- Bayle, Constantino. *España y la educación popular en América*. Madrid 1934.
- Bayle, Constantino. *España en Indias. Nuevos ataques y nuevas defensas*. Victoria 1934.
- Bayle, Constantino. *Universidades Americanas en los tiempos españoles*, en *Razón y Fe*, t. 145, Madrid 1952, pp. 253-274.
- Beltrán de Heredia. *Universidades Dominicanas en la América española*. En *Ciencia Tomista*. (Madrid 1921-1923). t. 23, 1923, 337-363; t. 24, 1924, 59-85.
- Bocanegra, Rodríguez J. *La Universidad de México, en el siglo XVI*. México 1940.
- Borah, Woodrow. *A propósito de The University in the Kingdom of Guatemala por J. Tate Lanning*. En *Pacific Historical Review*. Berkeley, XXV, n. 3, 1956, 299-300.
- Bustamante, Manuel E. *La Real y Pontificia Universidad de Huamanga*. En *Anuarios del Museo Histórico Regional de Ayacucho*. Ayacucho IX, n. 9, 1958, 1-3.
- Bustos, Zenón. *Anales de la Universidad de Córdoba (1767-1778)*. Córdoba 1901.
- Cabrera, Pablo. *Universitarios de Córdoba*. Córdoba 1916.
- Canal Gómez, Manuel. *El Convento de Santo Domingo en la Isla y ciudad de este nombre*. Roma 1934.
- Cárcano, Ramón J. *La Universidad de Córdoba*. Córdoba 1892.
- Carraciollo, Parra. *Documentos del Archivo Universitario de Caracas. 1725-1780*. Caracas 1930.
- Carreño, Alberto María. *La fundación de la Real y Pontificia Universidad de México. En Carlos V, (1500-1550). Homenaje de la Universidad de Granada, 527-544*. Granada 1958, 675 pp.
- Castañeda Paganini, Ricardo. *Historia de la Real y Pontificia Universidad de San Carlos de Guatemala. Epoca colonial*. Guatemala 1947, 137 pp.
- Castillero C., Alfredo. *Breves apuntes para la historia del pensamiento panameño*. Lotería, III, Panamá, n. 37, pp. 81-92.
- Cuadros, Manuel E. *Dos inéditos e interesantes documentos sobre la Universidad de San Antonio del Cuzco*. En *Revista del Museo e Instituto Arqueológico del Cuzco*, n. 18, 1959, 57-60.
- Crespo, Santiago. *Los Mercedarios en la Universidad de Lima*. Estudios, Madrid 1958, XIV, n. 42, 379-397.
- Cocca, Armando A. *Los primeros estudios jurídicos en la Universidad de Córdoba. Gestión de Sobremonte*. En *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. V. (Buenos Aires 1950). 201-215.
- Cocca, Armando A. *La primera Escuela de Leyes*. Buenos Aires 1951. 304 pp. Se refiere a la Escuela de Córdoba, establecida en 1791.
- Cornejo Franco, J. *Documentos referentes a la fundación, extinción y restablecimiento de la Universidad de Guadalajara*. Guadalajara. México 1942.
- Corona Núñez, José. *Fueron encontrados los libros de la Universidad de Tiripetio*. En *Anales del Museo Michoacano*. I (1939), 40-43.
- Cossio, J. C. *La Universidad de San Antonio Abad del Cuzco, Somera sinopsis de su historia*. En *Revista de la Universidad del Cuzco*. XXIV (1945) 22-96.
- Cuevas, Mariano. *Colección de documentos para la historia de México*. (México), 66, 109, 112.
- De la Maza, Francisco. *Los exámenes universitarios del doctor José Ignacio Bortaleche en 1772*. Prólogo de... México, Imprenta Universitaria, 1948, 34 pp.
- De la Pinta Llorente, Miguel. *La Inquisición española y los problemas de la cultura y de la inteligencia*. Madrid 1953.
- D'Irsay, Stephen *Histoire des Universités francaises el etrangeres*. París 1933-1935.
- Echegaray M., Isacc. *La cultura chilena tiene su fundamento hispano-humanista en su vida colonial*. En *Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana*. J. H. E. n. 25.414, II, 194-208.
- Equiguren, Luis. *Alma Mater, Origenes de la Universidad de San Marcos. 1551-1379*. Lima 1939.

- Eguiguren, Luis. *La Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1551-1579*. Lima 1951.
- Eguiguren, Luis. *La Universidad más antigua de América [la de Lima]* En *Revista Histórica*. VIII (Lima 1951), 53-58.
- Fernández de Recas, G. S. *Real y Pontificia Universidad de México. Medicina. Nómina de bachilleres, licenciados y doctores, 1607-1780, y guía de méritos y servicios, 1763-1828. Documentos del Archivo General de la Nación*. México (Unión Gráfica, S. A.), 200 pp.
- Es la publicación N° 4 del Instituto Bibliográfico Mexicano, de la Biblioteca Nacional.
- Fernández, Juan M. *Universidades Coloniales*. En *Sic, revista venezolana de cultura*, XIII (1950), 451-453; XIV (1951), 19-23.
- Flores Guerrero, Raúl. *El imperialismo Jesuita en la Nueva España. Historia Mexicana*. México IV. n. 14 (1954) 159-173.
- Furlong, Guillermo. *Notas y aclaraciones sobre la enseñanza pública superior en Buenos Aires durante la época colonial*. En *Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al Dr. Emilio Ravignani*. Buenos Aires 1941, 249-270.
- Furlong, Guillermo. *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata 1536-1810*. Buenos Aires 1952.
- Furlong, Guillermo. *Antecedentes de la Universidad de la Asunción*. En *Pulso, Revista del Centro de Estudiantes paraguayos*. n. VII (Buenos Aires 1951), I, 3-28.
- Furlong, Guillermo. *La "Nueva Filosofía" en el Río de la Plata (1073-1790)*. En *Amicitia. Revista de Universitarios de Filosofía y Letras*. (Buenos Aires 1951), 21-29.
- Furlong, Guillermo. *Las Universidades de la América Hispana con anterioridad a 1810*. En *Estudios. Revista de la Academia Literaria del Plata*. 84. (Buenos Aires 1951), 19-43, 139-151, 327-334, 409-413.
- Izquierdo, José Joaquín. *La primera Casa de Ciencias en México: el Real Seminario de Minería, 1792-1811*. México 1958. 272 pp.
- Jiménez Fraud, Alberto. *La Universidad española en la Edad Media y en el Renacimiento*. *Revista Hispánica Moderna*, New York, 1936. II, 173-192.
- Jiménez Fraud, Alberto. *La instrucción pública en Mendoza en la época colonial*. En *Estudiantes. Revista de la Academia Literaria del Plata*. 81. (Buenos Aires 1949). 185-203.
- Gallegos Rocaful, J. M. *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. México 1951. 426 pp.
- Galván, F. *La Universidad de San Cristóbal de Huamanga y semblanza de su fundador don Cristóbal de Castilla y Zamora*. En *Folklore*, II (Lima 1948), 574-575.
- García, G. C. *Allí nació la Universidad de Antioquía*. En *Universidad de Antioquía*, XX (1946) 461-467.
- García Valencia A. *Los orígenes franciscanos de la Universidad de Antioquía*. En *Universidad de Antioquía*, n. 101. (Antioquía 1951), 29-38.
- Geiger, M. *The Internal Organization and Activities of San Fernando College, Mexico, (1734-1858)*, En *The Americas* VI (Washington 1949), 3-31.
- Gómez de Orozco, F. *La cultura europea en América. Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. I, 1942, 288-298.
- Gómez Ferreyra, Avelino J. *En defensa del Obispo Trejo*. Buenos Aires 1944.
- Gómez Hoyos, Rafael. *Nuestra cultura universitaria en la época colonial*. En *Universidad Pontificia Bolivariana*. XIII (1948), 404-416.
- Góngora del Campo, M. *Notas para la historia de la educación universitaria colonial en Chile*. En *Anuario de Estudios Americanos*. VI (Sevilla 1949), 163-229.
- Gómez Vergara, Max. *La Educación en la Colonia*. En *Repertorio Boyacense*. Tunja 1956, XLII, ns. 185-187, 77-79.
- García Chuecos, Héctor. *La Universidad de San Buenaventura. Relación de sus orígenes y elogio de varios de sus hombres representativos*. En *"Universitas Emeritensis"* (Mérida, Venezuela), IV, núm. 4 (1957), 7-18.
- Gutiérrez Ferreyra, Pedro. *El Convictorio de San Carlos, 1770-1817*. En *Estudios Americanos*, Sevilla XIX, n. 101, 1960, 141-157.
- Guardiola Cubas, Esteban. *Historia de la Universidad de Honduras en la primera centuria de su fundación*. Tegucigalpa, 1952. H.A.H.R. XXXIV, 83-84.
- González Suárez, Federico. *Historia General de la República del Ecuador*. III (Quito 1931), 341; VII (1931), 2-3.

Grenón, Juan Pedro. *Un gran torneo de historia sobre los orígenes de la Universidad de Córdoba*. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, IV. 1925-1926, 25-39, 142-158, 287-309, 407-438.

Hernández de Alba, Guillermo. *Panorma de la Universidad Colonial*. Bogotá 1937.

Hernández de Alba, Guillermo. *Breve historia de la Universidad de Colombia*, *Boletín de Historia y Antigüedades*. XXVIII, Bogotá 1941, 829-846.

Hernández, Francisco J. *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia en América y Filipinas*. Bruselas 1879.

Henríquez Ureña, Max. *El Arzobispo Valera*. Río de Janeiro 1944.

Henríquez Ureña, Max. *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río de Janeiro 1945.

Henríquez Ureña, Pedro. *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Buenos Aires 1946.

Jijón Caamaño, *Acerca del establecimiento de la Universidad*. En *Libro de Cabildos de Quito (1575-1576)*, 259.

Jiménez Rueda, J. *Las constituciones de la Antigua Universidad*. México 1951.

Jouannen, José. *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito*. Quito 1941.

Jouannen, José. *Cátedras en el Colegio de Panamá. Lotería. Órgano de la Lotería Nacional de Beneficencia*. n. 87. Panamá 1948, p. 12-18.

La Fuente, Vicente de. *Historia de las Universidades. Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*. III. (Madrid 1884-1889), 334. 4 vols. en 4.

Lara y Lara, Humberto. *Del Colegio de San Pedro a la Universidad de Yucatán*. En *Memoria de las fiestas inaugurales del Nuevo edificio de la Universidad de Yucatán*. México 1941, 50-64.

Liqueno, José María. *Fray Hernando de Trejo y Sanabria, fundador de la Universidad*. Córdoba 1916.

Lopetegui, León. *El Padre José de Acosta S. J. y las misiones*. Madrid 1947.

Llorens Castillo, V. *Vida cultural de Santo Domingo en el siglo XVI*. En *Revista Cubana* XV (1945) 176-203; y en *Cuadernos Dominicanos* II (Ciudad Trujillo 1945), 1-33.

Mac Lean, R. *La educación superior en el Perú durante el coloniaje*. En *Revista "San Marcos"*, I, Lima 1947, 66-86.

Márquez Miranda, Fernando. *Universidad de la Asunción*. En *La Prensa*, Buenos Aires, 15-IX-1935.

Márquez Miranda, Fernando. *Tentativas desconocidas de creación de Universidades en la época colonial*. En *II Congreso Internacional de Historia de América*, V. (Buenos Aires, 1938), 225-230.

Martínez Durán, Carlos. *Las Ciencias Médicas en Guatemala*, 2ª ed. Guatemala, 1945.

Martínez Paz, Enrique. *Una tesis de Filosofía del siglo XVIII en la Universidad de Córdoba*. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. VI, n° 2 y 3, 1919, pp. 228-286. Separata: 66 pp.

Martínez Paz, Enrique. *La Universidad de Córdoba fue fundada por el Obispo Fray Fernando Trejo*. En: *Pablo Cabrera, Trejo y su obra. A propósito de una publicación adversa, a entrambos*. R.U.N.C., VII, n° 1, 1920. Separata: 102 pp.

Martos de la Fuente, José. *La Universidad española hasta el siglo XVIII y sus rasgos característicos*. Granada, 1928. (Disc. de apert. del curso 1928-1929).

Mata Gavidia, José. *Fundación de la Universidad de Guatemala, 1548-1688*. Editorial Universitaria. Guatemala, 1954. VIII, 388 p.

Mata Gavidia, José. *Panorama filosófico de la Universidad de San Carlos al final del siglo XVIII*. Guatemala S. f. [1959?], 38 pp.

Mata Gavidia, J. *La Universidad de San Carlos en el momento de la Independencia*. En *Humanidades*. III-IV (Guatemala 1949).

Maturana, Víctor. *Historia de los Agustinos en Chile*. Santiago de Chile 1904.

Maza, F. de la. *Las tesis impresas de la antigua Universidad de México*. México 1944.

Medina, José Toribio. *Historia de la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile*. Santiago de Chile 1928. 2 vols.

Méndez Arceo, S. *La Cédula de erección de la Universidad de México*. En *Historia Mexicana*. I. (México 1951), 268-294.

- Mesanza Andrés. *El convento Dominico de Nuestra Señora del Rosario de Santa Fe y su Universidad Tomística*. Chiquenquerá 1938, 74 pp.
- Mesanza, Andrés. *Apuntes y documentos sobre la Orden dominicana en Colombia*. Bogotá 1936.
- Mendoza, Jaime. *La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria*. Universidad de San Francisco Javier, VII, nº 23, Sucre 1940, 225-282.
- Mendoza y Mendoza, J. de D. *Historia de la Universidad Central de Venezuela*. Caracas 1911-1924. 2 vols.
- Martínez, Felipe y Aznar López, José. *El doctorado en Medicina en las Universidades hispanoamericanas durante el siglo XVII*. Medicamenta, s. XVII. Madrid 1959, nº 338, 223-234.
- Miró, Rodrigo. *La vida intelectual de la colonia panamericana*. Panamá 1944.
- Morelli, C. [D. Muriel] *Fasti Novi Orbis et ordinationum apostolicarum breviarium*. Venecia 1776.
- Navas del Valle, Francisco. *España y los indios del Nuevo Mundo*. Sevilla 1925, 79 ss.
- Ocampo Moscoso, Eduardo. *La Universidad Colonial en el Alto Perú*. En *Revista de Cultura*. Cochabamba 1958, III, nº 3, 3-22.
- Núñez, Jorge A. *Algo más sobre la primera cátedra de Instituta [en la Universidad de Córdoba]*. Buenos Aires 1941.
- Ortega Frier, Julio. *La Universidad de Santo Domingo, Primada de América*. En *Boletín de la Unión Interamericana del Caribe*, I (Habana 1941), 71-90.
- Ortega Frier, Julio. *El cuarto centenario de la Universidad de Santo Domingo*. Ciudad Trujillo 1944.
- Ortega Frier, Julio. *La Bula In apostolatus culmine del Papa Paulo III en virtud de la cual fue erigida. La Universidad de Santo Domingo Primada de América*. Ciudad Trujillo 1944.
- Ovalle, Alonso. *Histórica relación del Reino de Chile*. Santiago de Chile 1888, I, 282.
- Pangel, Nicolás. *Proemio a la Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México*, 1931, I, I-XX.
- Paredes Borja, Virgilio. *La Universidad Central del Ecuador. Su pasado y su presente*. En *Anales, órgano de la Universidad Central del Ecuador*. LXXIX, ns. 331-332. Quito 1952, 248-259.
- Paz, Luis. *La Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Javier en la capital de Charcas*. Sucre 1914.
- Paz Soldán, José G. *Anales Universitarios del Perú*. Lima 1862.
- Pereyra, Carlos. *Historia de la América Española*. Madrid 1920-1925.
- Plaza, Cristóbal B. de la. *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México*. 1553-1682. México 1931.
- Polanco, Hugo E. *Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino*. Ciudad Trujillo. 1948.
- Posada Mejía, G. *Panorama de la cultura mexicana en el siglo XVIII*, Universidad de Antioquía, nº 124, Antioquía 1956, 85-94.
- Quesada, Ignacio de. *Memorial sumario en la causa del Real Colegio de San Fernando y Universidad de Santo Tomás de la Ciudad de Quito*. Madrid 1962, VII, 46.
- Quesada, Vicente G. *La vida intelectual en la América Española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Buenos Aires 1917.
- Recio, Bernardo. *Compendiosa relación de la cristiandad de Quito*. Madrid, 1947, 150.
- Restrepo Canal, Carlos. *Bogotá y la cultura colombiana*. En *Revista de Indias*. XV. Madrid 1955. 569-582.
- Restrepo, Daniel. *El Colegio de San Bartolomé*, Bogotá 1928.
- Riquelme García, B. *El Colegio Seminario Conciliar de San Carlos 1783 - 1822*. *Revista Nacional de Cultura*. I. Asunción 1957, n. I, 42-46.
- Rodríguez Cabal, Juan. *Universidad de Guatemala; sus orígenes, fundación, organización*. En *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*. XXVIII, n. 1-4. Guatemala 1955-1957. 85-207.
- Reynier, Gustave. *La vie universitaire dans l'ancienne Espagne*. Paris 1902, 222 p.
- Rodríguez Cabal, Juan. *Universidad de Guatemala: su origen, fundación, organización*. En *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*. Guatemala (1955-1957, XXVIII, ns. 1-4, 85-207. Es la segunda parte de un estudio publicado ya en parte.

- Rubio, David. *La Universidad de San Marcos de Lima durante la colonización*. Lima 1933.
- Rubio Marroquin, Luis. *Discurso-disertación sobre el Seminario de Bogotá*. En *La Iglesia*, VI (Bogotá 1911).
- Ruiz Guiñazu, Enrique. *La Universidad de Lima en el IV Centenario*. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. XXIV, 1951, 419 ss.
- Saenz de Santa María, Carmelo. *La Cátedra de Filosofía en la Universidad de San Carlos de Guatemala*. Guatemala 1942.
- Saenz de Santa María, Carmelo. *La Universidad de San Carlos*. En *Antología e Historia de Guatemala*. I. (Guatemala 1948), 63-70.
- Saenz de Santa María, Carmelo. *Crítica del libro de J. Tate Lanning*. En *Revista de Indias*, n. 63, Madrid 1956. 117-119.
- Sainz de Robles, Fed. Carlos. *Esquema de una Historia de las Universidades españolas*. Madrid 1944, (Col. Crisol, n. 74), 156-157.
- Salazar, José Abel. *Las provincias religiosas y las casas de estudio en el Nuevo Reino de Granada*. En *Missionalis*, Madrid 1945, n. 4 4-108.
- Salazar, José Abel. *Los estudios eclesiásticos superiores en el Nuevo Reino de Granada (1562-1810)*, Madrid 1956.
- Santiesteban Ochoa, Julián. *Síntesis histórica de la tricentenaria Universidad de San Antonio Abad, del Cuzco*. En *Revista de la Universidad del Cuzco*. XXIV (1945), 97-101.
- Sasto, J. A. *La Real Cédula de fundación de la Universidad de Panamá*. En *Lotería. Organo de la Lotería Nacional*. n. 87 (1948), 87 ss.
- Steck, Francis Borgia. *The Spanish Universities in the New World*, en *The Catholic Educational Review*, XXXVIII, Washington 1940, n. 4, 216-229.
- Topaske, John. *A propósito de "The University in the Kingdom of Guatemala" de John Tate Lanning*. En *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla 1955, XII, 891-893.
- Tamayo Vargas, Angulo. *La Universidad de San Marcos*. En *Carlos V, (1500-1550). Homenaje de la Universidad de Granada*, 501-526. Granada 1958. 675 pp.
- Lanning, John Tate. *The University in the Kingdom of Guatemala*. Cornell University Press. Itach, New York, 1955. XVIII, 331 pp.
- Tate Lanning, John. *Reales Cédulas de la Real y Pontificia Universidad de Méjico de 1551 a 1816. Versión paleográfica, introducción, advertencia y notas del profesor Estudio preliminar por el profesor Rafael Heliodoro Valle*. Imprenta Universitaria México 1946.
- Tate Lanning, John. *Academie Culture in the Spanish Universities*. Oxford 1945.
- Tate Lanning, John. *Las Universidades Coloniales y su influencia en la cultura*. En *Revista de la Universidad de Córdoba*. XVIII (1931).
- Tate Lanning, John. *The trasplantation of the Scholastic University*. En *University of Miami. Hispanic American Studies*. Florida 1939, 2-32.
- Tate Lanning, John. *The rise of modern medicine in Spanish America*. En *University of Miami. Hispanic American Studies*. Florida 1939, 50-76.
- Unanue, Hipólito. *Obras científicas y literarias*, III (Barcelona 1914), 48 ss.
- Utrera, Cipriano de. *Universidades de Santiago de la Paz, y de Santo Thomas de Aquino, y Seminario Conciliar de la Ciudad de Santo Domingo en la isla Española*. Santo Domingo 1932.
- Utrera, Cipriano de. *In Apostolatus eulimine. Bula de Paulo III*. Ciudad Trujillo 1939.
- Valcarcel, Daniel. *La primera reforma universitaria de 1571*. En *Mar del Sur*, VI, (Lima 1951), 42-54.
- Valcarcel, Daniel. *Fray Tomás de San Martín y su obra. El Comercio*, Lima 11-III-1951.
- Valcarcel, Daniel. *La educación en el Perú autóctono y nacional. Estudios Americanos*. Sevilla 1956, 305- 326.
- Valcarcel, Carlos Daniel. *San Marcos de Lima, Universidad decana de América*. En *Universidad de Honduras*. Tegungalpa, ns. 7-8, 1939, 11.
- Valcarcel, Carlos Daniel. *Reformas virreinales en San Marcos*, En *Educación*, Lima 1959, XII, n. 22, 7-86.
- Valcarcel, Daniel. *Libro de oposiciones de la Universidad de San Antonio del Cuzco (1703-1758)*. En *Documentos*, Lima 1957, III, 495-498.

- Valcarcel, Daniel. *Notas sobre San Marcos*. Lima 1955. 19 pp. Se refiere a la Universidad actual, la que compara, en algunos de sus aspectos, con la antigua.
- Valcarcel, Daniel. *Reforma de San Marcos en la época de Amat*. En *Documentos para la Historia de la Educación en el Perú*. 20. Lima 1953, 52 pp.
- Valle Llano, Antonio. *La Compañía de Jesús en Santo Domingo durante el período hispánico*. Ciudad Trujillo, 1950.
- Valle, Rafael Heliodoro, Cf. Tate Lanning, John. *Reales Cédulas XV, XX*.
- Vargas Ugarte, Ruben. *Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Lima*. III (Lma).
- Vargas, José María. *La Medicina en la Colonia*. En *Dios y la Ciencia*, n. 28 (Quito 1957). 4-6.
- Vázquez de Espinosa, Antonio. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Washington. 1948.
- Velasco, Juan de. *Historia del Reino de Quito y crónica de la Compañía de Jesús en el Reino de Quito*, I. (Quito s. f.), 230-306.
- Villacorta, Antonio. *Historia de la Capitanía General de Guatemala*, Guatemala 1942, 246-250.
- Walsh, J. J. *Education of the Founding Fathers of the Republic; Scholasticism in the Colonial College*, New York 1935.
- Whitaker, A. F. *Latin America and the enlightenment*. New York 1942.
- Worcester, Donald E. y Schaffer, Windel G. *The growth of culture of Latin America*. Oxford Press. New York 1956.
- Zuretti, Juan Carlos. *La crisis de la filosofía en el siglo 18 y los estudios conocidos en la Universidad de Córdoba*. En *Estudios, revista de la Academia del Plata*. 1947. 127-134.
- Vega, Antonio de. *Historia del Colegio y Universidad de San Ignacio de Loyola de la ciudad de Cuzco. Introducción y notas de Ruben Vargas Ugarte*. Lima 1948.
- Vargas Ugarte, Rubén. *Historia del Colegio y Universidad de San Ignacio de Loyola de la ciudad del Cuzco* Ed. Lima, 1948.